153

EL PECADO DE MAMA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

V. 14. 1
2-31-2

EL PECADO DE MAMÁ

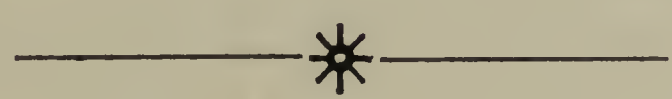
COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

J. ANDRES DE PRADA

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL de Madrid, el dia 4 de mayo de 1921
por la Compañía Amalia de Isaura-Antonio Martianez



MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, M. 551
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL, Marquesa de Espínola.....	Margarita Robles.
MARÍA LUISA.....	Paz Robles.
LA SEÑORA DE FRIAS.....	Baldomera Albalat.
JUANITA.....	Pilar Menéndez.
MARTA.....	Elvira Pardo.
BALBINA.....	Lola Dulac.
GABRIEL MONTORO.....	Antonio Martianez.
DON AUGUSTO.....	Francisco Robles.
EL MARQUÉS DE ESPÍNOLA.....	Arturo Romero.
ALÍ.....	José Cañizares.
ÁLVARO OZORES.....	Manuel de Juan.
JULIÁN.....	Sergio Santos.
PEPITO.....	José Fernández.

La acción del acto primero, en Madrid; la de los actos segundo y tercero, en la legación española de Túnez

860.82
Sp24
v.14 n.1
REMOTE STORAGE

ACTO PRIMERO

Salita moderna, elegante, con muebles y adornos de tonos claros. Al fondo arco, con cortinas de encaje o tul, que da aceeso a otras habitaciones. En chaflán a la izquierda, ventana grande de cristales que da al jardín. Una puerta de madera en cada lateral. Cerca de la ventana una mesita pequeña con un búcaro de flores del tiempo. Lámpara central y dos apliques de luz con pantallas de seda, haciendo juego con el tono de los muebles; es de noche.

—

En escena, MARÍA LUISA coloca flores en el búcaro. A su lado, GABRIEL.

Gab. Entonces, ¿puedo esperar de usted, María Luisa, que me quiera?

M. Luisa Eso...

Gab. No, no vale desdecirse. Acaba usted de confesar que siempre tuvo para mí una cariñosa simpatía, y esa confesión, en labios de una mujer, equivale a una promesa, o al menos, a una esperanza. Su asentimiento a mi súplica, es el premio a una adoración constante de muchos años.

M. Luisa ¿Quiere usted decir, que siempre ha pensado en mí?

Gab. Siempre, desde que la casualidad nos puso una vez frente a frente en la vida. ¿Lo recuerda usted? Hace cinco años. Fué en Italia. Comenzaba yo entonces mi aprendizaje de diplomático a las órdenes del Marqués. Era usted algo más que una chiquilla, era usted una mujercita; podía haber aceptado un novio sin que nadie se escandalizase de premuras ni destiempos. Pero fuí cobarde,

SPANISH

tuve miedo, callé, y con el dolor de mi silencio nos separamos de nuevo, por volver ustedes a España y marchar yo a otros países.

M. Luisa A Tokío, lo recuerdo.

Gab. Justo, a Tokío, a esas divinas tierras de ensueños a las que llevé yo el de mi cariño, el de mi esperanza y el de una decisión formal e irrevocable. Al volver—me dije—la hablaré y será mía.

M. Luisa ¡Qué presunción!

Gab. La de mi voluntad, que me pareció que encadenaba la suya. Y ya ve usted cómo no me he equivocado. He vuelto; no sé si me esperaba usted, pero sé que a nadie dió lo que yo como mío conceptuaba. Y deseché los temores, los miedos, los prejuicios, y esta noche—bendita sea mil veces—he roto el misterio y la he dicho:—María Luisa, la quiero, la quiero locamente, ciegamente, no con la pasión impulsiva de los enamorados de un día, sino con la reflexión y la serenidad de los que sólo una vez se enamoran en en la vida y es desde siempre y para siempre. ¿Qué me dice usted ahora?

M. Luisa Que esto es un escopetazo, Gabriel; que lo que yo menos esperaba de usted era una declaración en esta forma y con tales apremios... Déjeme usted pensarlo, reflexionar yo también... Además, mis padres...

Gab. Su madre lo sabe ya por mí y lo aprueba y le complace. El marqués, ya sabe usted el afecto tan cariñoso que siempre me tuvo...

M. Luisa Pero...

Gab. No... no vacile, no titubee; sea usted clara y franca. ¿Cree usted acaso que yo no la merezco?

M. Luisa Eso no, de ninguna manera.

Gab. ¿Le parezco tal vez demasiado viejo porque estos cabellos ingratos, pusieron un poco de nieve en mi cabeza?

M. Luisa No, tampoco; aún es usted joven.

Gab. Entonces, es que, ¿acaso hay algun otro hombre digno de usted que le haya ofrecido lo que yo la ofrezco, y a quien haya usted correspondido o quiera usted corresponder?

M. Luisa (Tímidamente.) No.

Gab. (Yendo a coger sus manos apasionado.) ¡María Luisa!

(Por la izquierda, PEPITO.)

Pep. María Luisa, el último vals, y me lo ofreciste. (A Gabriel.) ¿Hablaban ustedes de algo interesante?

Gab. Mucho.

Pep. En ese caso... (Intentando dejarlos.)

Gab. No, de ninguna manera. No quiero sobre mí la responsabilidad, de privarles a ustedes del último vals de la noche.

M. Luisa ¿Y se va usted a quedar aquí solo?

Gab. Hacia acá viene don Augusto con quien charlaré mientras ustedes bailan.

(Se dirige al encuentro de DON AUGUSTO, que apoyado en JULIÁN el viejo criado, llega por la derecha mientras Pepito y Maria Luisa vanse hacia la izquierda con su frase. JULIÁN trae en la mano y al brazo una manta, una bufanda, unos guantes de lana y un gorro de ídem y un calientapiés.)

Pep. Que sea enhorabuena.

M. Luisa ¿Por qué?

Pep. Por lo que acaba de decir tu madre a la de Frías; que te pretende Gabriel.

M. Luisa ¡Bah! (Vanse.)

Aug. No me dejes aquí tampoco, Julián; esto está frío, muy frío.

Jul. ¿Quiere el señor que le lleve a su alcoba? Ya hice encender allí.

Aug. No, quiero estar en la fiesta hasta que se retire el último invitado... ¿Eh? ¿Quién hay ahí? ¿Es mi hijo?

Jul. No, señor; es el señor Montoro.

Gab. Que desea estrecharle a usted las manos, don Augusto.

Aug. ¿Eres tú, Gabrielillo? Ah, pues aquí me quedo. Acércate, acércate. (Se sienta y coge las manos que Gabriel le tiende.) ¡Caray, hijito, que manos tan calientes tienes! ¿Es que no hace frío o es que soy yo sólo el que lo tengo? Me hielo, me hielo, ¡Julián!

Jul. ¡Señor!

Aug. Acércame el calientapiés. (Julián lo coloca en seguida.) ¿Estamos en el comedor?

Jul. No, señor, estamos en la salita, junto al dormitorio de la señorita María Luisa.

Aug. Claro, por eso hace este frío. Entorna la ventana que da al jardín.

Jul. Ya está entornada, señor.

Aug. ¿Te has ido, Gabriel?

Gab. No, señor, estoy aquí.

Aug. ¿No bailas?

Gab. No.

Aug. Pues no bailes. Eso es señal de que o no sabes o no quieres, ¿verdad?

Gab. Verdad.

Aug. Dirás que no digo más que sandeces, pero... si no las digo yo, ¿quién las va a decir en la casa? ¿Y qué haces tú por España? ¿Estás con licencia?

Gab. No, señor; voy destinado a Holanda, pero quisiera lograr un puesto en Túnez donde dicen que va el Marqués a la Legación.

Aug. Allí lo han destinado, y a mí no creas que me desagradería marchar a Africa; por lo menos se me quitaría este frío. (Tosiendo.) ¡Julián!

Jul. Señor.

Aug. Echame la capa por los hombros. (Julián le obedece de nuevo.) Ajajá. Y oye, Gabrielillo, ¿sabes que te noto muy metido entre nosotros? Anoche me dijeron que cenaste aquí.

Gab. La Marquesa fué tan amable...

Aug. Y esta mañana sé que has estado de charla con mi hijo.

Gab. Rogándole al Marqués su influencia para mi traslado.

Aug. ¿Nada más?

Gab. Nada más.

Aug. ¡Embusterillo!... ¡Julián!

Jul. Señor.

Aug. Ponme la manta por las piernas... Así.

Gab. ¿Sabe usted a quién ví en Cádiz la semana pasada?

Aug. No me importa. Y no seas tuno y no cambies la conversación.

Gab. ¡Don Augusto!

Aug. Te llamaba embustero, porque yo sé la causa de tus visitas. ¡A que sí! ¿A que hay ciertos proyectos entre María Luisa y tú?

Gab. ¿Le desagradarían a usted?

Aug. Todo lo contrario. Claro, que lo mismo sería que me desagradase, porque yo ya no soy voto en la casa, pero al contrario, me agrada y estoy dispuesto a ser el padrino de boda y hasta a llevar a la iglesia los tres primeros biznietos que me déis.

Gab. ¡Don Augusto!

Aug. Si tenéis el acierto de dármelos en verano, porque fuera de esos meses del año, los demás me hielo, me hielo. ¡Julián!

Jul. (Adelantándose al deseo de su señor le coloca la bufanda al cuello.) Tome, señor.

Aug. Eso te iba a pedir, la bufanda... Déjame aquí el gorro de lana, que si tengo más frío, ya me lo alcanzará don Gabriel, y vete ahí fuera, que necesito hablar a solas con él.

Jul. Está bien, señor.

(Lo pone sobre una silla cercana y va hacia la derecha, a tiempo que sale el MARQUÉS, quedando los dos en un extremo de la escena. Don Augusto y Gabriel están sentados al opuesto.)

Marq. ¿Ocurre algo, Julián?

Jul. Nada, señor. El señor, que me ha mandado retirar, porque quiere hablar con don Gabriel.

Aug. (Aparte a Gabriel.) ¿Quién hay ahí?

Gab. El señor Marqués.

Aug. Ah, bueno, cuando se vaya te diré.

Marq. (En voz baja a Julián.) ¿No sabes si ha rondado la casa esta noche ese sospechoso?

Jul. Hasta hace un rato estuve yo en el jardín y no le vi. Ahora quedó vigilando Samuel. Y en cuanto acueste al señor, y como esta es la hora en que lo vieron días pasados, volveré yo al acecho.

Marq. Debe de ser algún ladronzuelo.

Jul. Pues, mal parado va a quedar como yo lo tropiece. (Vase Julián por derecha. Cruza el Marqués la escena, y al llegar al grupo, dice:)

Marq. Papá, estás privando a Gabriel de divertirse.

Gab. Oh, no, Marqués, de ninguna manera.

Marq. Debías estar ya acostado.

Aug. Pues no quiero, ea, no quiero.

Marq. Bien, bien, no te incomodes. Lo decía porque dá grima verte ahí con tanto envoltorio, cuando en la cama estarías tan divinamente.

Aug. ¡Señor, qué afán de meterse conmigo! Dejarme.

Marq. Está bien, papá, está bien. (Aparte a Gabriel.) Discúlpele, amigo Montoro... A esta edad... Con su permiso. ¿eh? (Vase por izquierda. Sobre el veladorcito ha dejado unos papeles.)

Aug. ¿Se ha ido?

Gab. Sí, señor.

Aug. ¿Y estamos solos?

Gab. Completamente.

Aug. Pues, óyeme, que aunque esto ya te lo dirán Isabel y mi hijo, yo quiero que antes lo sepas por mí.

Gab. Le escucho.

Aug. No te pongas en guardia por miedo a una revelación grave. Es cosa que para nadie tiene importancia y por eso nadie lo sabe, ni hay para qué pregonarlo. Pero tú vas a entrar en la familia.

Gab. ¡Ojalá!

Aug. No interrumpas, que yo a lo mejor pierdo el hilo y ¡adiós narración!

Gab. ¡Perdone usted y siga!

Aug. Y antes de dar un paso más en lo que pretendes, debes saber con quién vas a casarte.

Gab. ¿Es que María Luisa?...

Aug. No me interrumpas, jinojo. María Luisa, por todos los conceptos, es digna dé ti, pero su madre...

Gab. ¿La Marquesa?...

Aug. Su madre, la mujer de mi hijo, tiene en su pasado un borrón, que si bien es verdad que lavado quedó para todos, no debe ocultársete a ti. Con este detalle, y conociéndome, supongo que no verás en mis palabras...

Gab. ¡Acabe usted, por Dios, don Augusto!

Aug. Ya voy, ya voy. Verás. Cuando mi hijo Luis comenzaba a espigar en los veinticinco años conoció a una obrerilla madrileña, jacarandosa, alegre, pizpireta... vamos... tú ya sabes cómo son las obrerillas madrileñas, ¿verdad?

Gab. Sí, señor, sí, pero siga.

Aug Al mozo le gustó; a la chica era natural que le gustase él, aunque sólo fuera por lo de «ser vos quien sois», y del piropo callejero, se pasó a la charla en el portal, y del portal a la escalera... y... bueno, al cabo de un año de aquello nació una niña. Mi hijo, con su romanticismo de los veinte años, pretendió reparar la falta casándose con ella, pero mi mujer y yo, de común acuerdo, y por si se trataba de una pájara que pretendiera con el señuelo de su deshonra una buena boda, decidimos alejarlo de España y vigilar a la muchacha. Y pasó un año y otro y otro, y

aquella chicuela se hizo tan formal, guardó tan bien la ausencia, y tanta bondad observó en sus acciones y en su vida, que mi hijo regresó a Madrid por mi mandato, y como tan apasionado siguiera por aquella mujer, casó con ella, dió su nombre a la niña y fueron desde entonces un modelo de padres y de esposos.

Gab. ¿Esa es la mancha?

Aug. Calla, aún, calla; que ahora viene lo mejor. Isabel quiso ser digna de mi hijo, y no digamos por cariño, que mayor que el suyo por Luis no existe, pero deseando ser algo más que la «mujer», quiso ser la «esposa», y sin dejar en ningún momento de ser «madre», afianzó sus rudimentos en la escuela, estudió idiomas, tocó el piano, y con un exquisito espíritu femenino, aprendió a desenvolverse tan bien en su nuevo mundo que, hijo mío, no hay quien diga que la marquesa de Espinola cosió pantalones en la calle del Ave María.

Gab. ¡Admirable mujer!

Aug. ¿Verdad que sí? Pues eso era lo que yo quería que tú supieras, más que por ti, por si al notificarlo a los tuyos, alguien—todo se sabe, aunque se oculte mucho—te preguntara quién es la madre de tu prometida.

Gab. No han de preguntármelo, don Augusto, porque antes habré de decirlo yo, si la dicha de que María Luisa me acepte por compañero de su vida llega para mí.

Aug. Que llegará, no lo dudes.

Gab. ¿Usted lo cree?

Aug. Eres el primer hombre que llama a su corazón, que sepamos nosotros, y lo reúnes todo, nombre, fortuna, juventud...

Gab. Juventud ya no. Pasé de los treinta.

Aug. Mejor, porque en vez de ser tu juventud loca, es reflexiva. Llegará, llegará. Y ahora, hijito, dame el gorrillo, porque como lo que llevaba en la mollera lo he pasado a la tuya, se me enfría el solar. (Gabriel, al levantarse, no disimula su emoción.)

Gab. Tome usted, don Augusto, y discúlpeme si no sigo en su compañía. Ha debido terminar el baile

Aug. Sí, sí, hijo mío, vete... ¡Julián! ¡Julián!

(Por derecha JULIAN.)

Jul. ¡Señor!

Gab. Hasta mañana, don Augusto.

Aug. Adiós, Gabrielillo, y ya lo sabes... llegará... llegará... y yo iré a la iglesia con mis tres biznietos. (Vase Gabriel por izquierda.)

Jul. ¿Quiere ya irse a acostar el señor?

Aug. Sí, sí, vámonos a acostar. Vete quitándome ropa de encima.

(Pausa mientras obedece Julián. Por izquierda ISABEL, espléndidamente hermosa en sus treinta y cinco años, que viene acompañada de GABRIEL.)

Isabel ¿Se va usted a dormir, papá?

Aug. Sí, hijita, sí; ya es muy tarde. Y tú, ¿te has divertido mucho.

Isabel Se ha divertido María Luisa, y Luis se ha distraído un poco también, conque estándolo ellos...

Aug. Eres buena, buena... ¿Quién te acompaña?

Isabel Gabriel, que tiene que confiarme, según dice, un secreto muy hondo.

Aug. ¡Ah, pues óyele, óyele, y tú no le guardes el secreto a él, sino échalo al viento, que lo sepan todos, que lo oigan todos como si fuera un repique... eso... como un repique... ¿Vamos, Julián?

Jul. Vamos, señor.

Aug. Hasta mañana, buenas noches, hijos... hijos, ¿eh?, que os llamo hijos... je, je, je.

Gab. Buenas noches, don Augusto.

Isabel Buenas noches, papá.

Aug. (Yendo hacia derecha apoyado en un bastón y en el brazo de Julián.) Voy muy contento, Julián, muy contento. Llevo mucho frío, pero voy muy contento. (Vanse por derecha.)

Isabel Usted dirá, amigo mío.

Gab. Marquesa...

Isabel Llámeme usted Isabel, así se acostumbrará a darme ese nombre y no tendrá que sustituir después el de «marquesa» por el de «suegra», que sería deplorable.

Gab. Pues bien, Isabel, o Santa Isabel, que nunca más justificada una santidad que aplicándola a usted; he hablado con María Luisa.

Isabel ¿Al fin, hombre, se decidió usted?

Gab. Al fin.

Isabel ¿Y qué?

Gab. Hasta ahora sólo he podido arrancarle la confesión de una simpatía.

Isabel ¿Y le parece poco?

Gab. Quizás sí.

Isabel Pues para mí, ya es mucho que vaya la simpatía por delante. Lo demás es cuestión de tiempo... y de mimbres. Y en este cesto vamos a trabajar todos un poquito.

Gab. Yo quisiera hacerle a usted una pregunta.

Isabel Y yo estoy dispuesta a escucharla. Nadie queda en los salones de cumplido y mientras María Luisa y mi marido despiden a los íntimos, yo estoy a sus órdenes.

Gab. ¿Ha tenido algún otro amor María Luisa?

Isabel No.

Gab. ¿Tiene alguien que la pretenda?

Isabel Eso sí, es natural; pero en ninguno se ha fijado. ¿Es que acaso?...

Gab. No, al contrario, a la misma pregunta me ha respondido con la misma negación, pero no sé por qué me he llegado a figurar que el corazón de María Luisa...

Isabel Espere usted. No quiero mentirle ni ocultarle nada. Claro es, que a lo que voy a decirle no le concedo importancia ninguna, y la prueba es que ni siquiera me acordaba de ello; pero debe usted saberlo. En la secretaría de mi marido entró de auxiliar, hace poco más de un año, un muchacho de muy buena familia, muy recomendado, pero un calaverón, un sinvergüenza completo, que no sé por qué medios, pero con una astucia especial, llegó, valiéndose de su puesto en la casa, a hablar con ella y hasta a levantarla un poquito de cascos. Claro que apenas me enteré yo—mi marido estuvo ausente unos meses—y ni supo, ni le dije nada después—le hice poner de patitas en la calle, y aquí no se ha vuelto a ver ni a hablar del tal sujeto. Ya comprenderá usted que ni aquello pudo ser amor, porque yo supe cortarlo a tiempo, ni merece la pena de tenerlo en cuenta...

Gab. No sabe usted la alegría que me da, Isabel. Y es que sería tanta felicidad para mí lograr por entero el corazón de María Luisa.

Isabel Pues de no tenerla ya, es usted solo el culpable.

Gab. Por miedo de no creerme suficientemente digno de merecerla, por cobardía, por...
(Por izquierda MARQUES.)

Marq. Vaya, terminó el holgorio, y yo voy a ver si ahora, sin músicas ni charlas, ordeno unos apuntes allá arriba.

Isabel ¿A trabajar ahora, Luis?

Marq. A trabajar. ¿Y el señor Montoro, se divirtió en la fiesta?

Gab. Estoy encantado y reconocidísimo a ustedes.

Isabel Y enamoradísimo cada vez más de tu hija.

Marq. Pues, ¡a casarse tocan! Y para cuando eso llegue, si necesitan ustedes un espejo de felicidad conyugal, vengan a buscarlo a esta casa, frente a nosotros. Luna más clara que la de nuestro amor, no la tiene el cielo con tener la más bella, ¿verdad, Isabel?

Isabel Verdad, Luis. (Y en su rostro se refleja su felicidad.)

Gab. Yo no sé cómo agradecerles a ustedes esta simpatía cariñosa conque han acogido mi pretensión.

Marq. ¡Eh! Poco a poco, amiguito, que no hay solo simpatía, que hay también un poquito de egoísmo.

Isabel ¡Luis!

Marq. Mujer, egoísmo sano, lógico. ¿Qué mayor satisfacción para unos padres que casar a su hija con un hombre que, como él, lo reune todo? Fortuna, nobleza, caballerosidad, hombría de bien... Nada, nada, querido Gabriel, es usted un partido para yerno.

Isabel Ya oye usted a mi marido, que era otro de sus temores, porque te advierto, Luis, que ha necesitado ¡cinco años! para decidirse; creo que mejor acogida... Ah, y que aquí en la casa, todos, todos, hacemos su voluntad, conque...

Gab. Repito a ustedes que estoy verdaderamente conmovido.
(Por izquierda la SEÑORA DE FRIAS, vieja, un poco afectada y ridícula, que habla silbando las eses como si le faltaran dos o tres dientes. Le faltan más, pero los lleva postizos.)

Frías Vengo a despedirme y a despedir a mi Susana, que ha pegado la hebra con María

Luisa y el picarón de Pepito Ruigálvez, y no hay modo de arrancarlos del hall.

Isabel Esta hija mía, con ese traje de gasa y a la intemperie.

Frías Hace una noche deliciosa. Bueno, marquesa, siempre encantada.

Marq. Nosotros, señora, por habernos honrado.

Frías Yo raras veces salgo de casa, porque este reuma me tiene hecha un harapo, pero siendo para venir a la de ustedes, siempre. (Recalcando la frase.) Amigo Montoro, que sea enhorabuena.

Gab. ¿De qué, señora?

Frías No disimule porque ya lo sabe todo el mundo. Tengo el oído demasiado fino y he sorprendido un diálogo entre María Luisa y usted... Yo he corrido la voz... Que se casarán ustedes.

Isabel Ja, ja, ja.

Marq. Ahora sí que no va usted a tener más remedio.

Frías Y conste que yo no les deseo más felicidad que la que tienen estos padres. Mortales más dichosos no los hay. Nosotras en casa, en vez de decir los de Espínola, decimos los de Almíbar.

Marq. Siempre ocurrente.

Frías Y me despido. Isabel... hasta otra, y lo dicho, encantada... Ah, oiga usted, Marqués, ¿va usted por fin a la legación de Túnez? La *Gaceta* creo que traerá mañana el nombramiento.

Marq. No, no voy. Estoy cansado, muy cansado de tanto ajetreo. Pienso pedir unos meses de licencia, y como en ellos (Recalcando mucho también.) supongo que habrá en casa un acontecimiento, luego, al quedarnos solos Isabel y yo, pediré la excedencia y nos iremos a un rinconcito de Castilla a descansar.

Frías ¿Más almíbar todavía? ¡Uf! Lo dicho, lo dicho. ¿Viene usted, Montoro?

Gab. Hasta mañana, Marqués, y desde luego, si usted no acepta la Legación...

Marq. Entendido.

Gab. Isabel...

Isabel Como supongo que se despedirá usted de María Luisa, no le digo nada.

Frías Ay, vamos, vamos, que son las mil y quinientas... Jesús, de esta casa no sabe uno salir. Adiós, ¿eh?, adiós.

Isabel Adiós, Mariana. (Se cuelga del brazo de Gabriel, pero de pronto da un gritito cómicamente exagerado.)

Frías Ay, espere usted, espere.

Marq. ¿Qué pasa?

Frías Nada, ya pasó. Este dichoso reuma me tiene hecha un harapo, un verdadero harapo. (Y vanse por izquierda.)

Isabel ¡Ay, qué ajetreo!

Marq. ¿Estás cansada?

Isabel Bastante.

Marq. Pues, anda, anda, a acostarte; en cuando yo termine estos apuntes subiré también.

Isabel ¿Qué te parece lo de Gabriel?

Marq. Admirable. ¿Y a tí?

Isabel ¡Figúrate! Es mi hija, la voy a casar, aun creo que fué ayer cuando...

Marq. ¿Qué es eso? ¿Un reproche?

Isabel ¡Por Dios, Luis! Reprocharte yo que te debo cuanto soy y cuanto es ella.

Marq. ¿Entonces, sigues tan feliz como siempre?

Isabel Más feliz que nunca.

Marq. Pues oye una cosa. No es advertencia ni desaprobación a lo que haces, pero la gente es mala y alguien pudiera creerse, viendo tu solicitud cerca de Gabriel, que deseas por algún motivo esa boda.

Isabel Si ha sido él quien me ha rogado que interese a María Luisa, que le ayude y predisponga su voluntad a quererlo.

Marq. Sin embargo...

Isabel No, no tienes que decirme nada más... Desde mañana, desde ahora mismo les dejaré a ellos solos y que sean ellos quienes se acerquen y se hablen y se enamoren. Además, ya pueden suponer los que nos conocen que yo no torcería por nada la voluntad de mi hija. Ahora, que por su felicidad lucho y trabajo y la ansío, eso, cualquiera que sepa lo que es ser madre ha de comprenderlo. Por ella, ¿qué no haría yo?, ¿a qué sacrificio no llegaría yo? Y si esta boda suya es todo cuanto podíamos desear, y sin sacrificio de nadie se puede llegar a conseguir, yo creía que era mi deber.

Marq. Y lo es, y yo lo apruebo.

Isabel Pues siéndolo, y pareciéndote a ti bien, lo demás y los demás nos deben importar poco. A pesar de eso, yo sólo haré lo que tu mandes.

Marq. Y yo, solo mandaré lo que tu quieras.

Isabel ¿Ves cómo estamos siempre de acuerdo en todo?

Marq. En todo. (Dan las dos en un reloj.)

Isabel ¡Uy, las dos! Voy a hacer acostar a esa chiquilla. Mañana no habrá quien la despierte. (Yéndose por la izquierda.) Oye, que no tardes, ¿eh?

Marq. Treinta o cuarenta minutos, nada. (Vase por derecha. Dentro se siente la voz de ISABEL, que dice a MARIA LUISA.)

Isabel Anda, anda, a dormir. Ahora te enviaré a Balbina.

M. Luisa Buenas noches, mamá.

Isabel Hasta mañana.

(Por izquierda MARIA LUISA, que rápidamente se dirige a la ventana, la abre, mira hacia el jardín y vuelve al centro de la escena diciendo.)

M. Luisa No es posible, no es posible lo que mamá quiere.

(Por izquierda BALBINA, presa de un pánico horrible.)

Bal. ¡Ay, señorita, por Dios! Vengo muerta. A poco si me pilla su mamá de usted.

M. Luisa ¿Está ahí?

Bal. Como anoche, como anteanoche, sí, señorita.

M. Luisa ¡Dios mío! ¡Qué imprudencia!

Bal. Y cuando yo he bajado a darle la carta de la señorita...

M. Luisa ¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Bal. Que nunca le había visto como esta noche, señorita; que apenas llegué me cogió de un brazo y me dijo: «Dime la verdad, ¿se casa? ¿Es verdad que se casa?» Yo le juré y le perjuré que no sabía nada; pero él, apretándome los dedos en el brazo, me decía que sí, que él lo había oído que lo decían unos señores que salían, y hasta me dijo que era don Gabriel..., y que no sería eso..., y que haría una locura..., o se mataría...

M. Luisa ¡Dios mío! ¡Eso no!

Bal. Y después, rasgó el sobre de su carta y todo temblando escribió esto y me dijo que se lo diera a usted ahora mismo y que le contestara usted deseguía.

M. Luisa A ver, tráe. (Leyendo ávidamente.)

Bal. O que si no haría una sonada.

M. Luisa ¡Eh! ¡No, no! ¡Esto sería una locura! ¿Escapar con él?

Bal. ¿Eso dice, señorita?

M. Luisa No, no..., eso no..., eso no.

(Por la ventana, saltando por ella, entra en escena ALVARO. Balbina, al verlo, da un grito apagado y vase por izquierda.)

Bal. ¡Eh! ¡Ay!

M. Luisa ¡Alvaro!

Alv. Chist... Calla..., calla..., no me pierdas.

M. Luisa No... Vete, Alvaro..., vete. ¿Qué haces? (Alvaro se dirije a la puerta de la derecha y la cierra con llave.)

Alv. Ya lo ves, cerrar. Necesito hablarte. ¿Te casan? ¿Dí? ¿Es cierto que te cásan?

M. Luisa No, Alvaro, no; te juro que no, pero, por Dios, véte.

Alv. Contigo..., sólo contigo saldré de aquí. Yo te quiero, María Luisa de mi alma, yo te quiero para mí solo..

M. Luisa Y tuya soy, Alvaro, pero vete.

Alv. Mira que irme significa separarnos ya para siempre, renunciar a nuestro cariño, a nuestros sueños, a toda nuestra vida de felicidad.

M. Luisa Te prometo que no han de casarme con nadie.

Alv. Pero para eso es preciso que te casen conmigo, y para que te casen conmigo no hay más que una solución, ésta: huir.

M. Luisa No, eso no.

Alv. Pero si no te ocurre nada, si no te pasa nada; si es solo para obligarlos a hacernos felices.

M. Luisa ¡Alvaro!

Alv. Ven, ven, alma mía, ven, amor de mi vida.. (Se abraza a ella.)

M. Luisa No, suelta.

Alv. Ven... (Rápidamente por izquierda ISABEL.)

Isabel ¿Eh? ¿Qué es eso?

M. Luisa ¡Mamá! (Yendo a refugiarse a ella.)

Isabel ¡Cobarde! ¡Miserable!

M. Luisa ¡No...! No tiene él la culpa..., soy yo... yo..., ¡que le quiero!

Isabel ¡Basta... calla...! Sube a mi cuarto... en silencio... que no te oiga tu padre.

M. Luisa ¡Mamá!

Isabel ¡Sube! (Tiene su voz tal imperio que María Luisa obedece y vase por izquierda.)

Alv. Es inútil cuanto usted haga.

Isabel Salga usted ahora mismo por donde cobardemente, villanamente, entró en esta casa.

Alv. Repito a usted que es inútil cuanto haga. María Luisa no puede ya ser de nadie, porque es mía.

Isabel ¿Eh? ¿Qué dice?

Alv. Comprenderá usted que al hallarme a mi en este sitio y a ella en mis brazos...

Isabel ¡Oh, Dios mío, Dios mío! (Tras la puerta de la derecha suena la voz del MARQUES.)

Marq. ¡María Luisa! ¡María Luisa!

Alv. ¡Maldita sea...! (Corre hacia la ventana y salta de nuevo por ella rompiendo el búcaro de flores al pasar. La voz del Marqués se oye ahora furiosa mientras golpea la puerta.)

Marq. ¡María Luisa, abre!

Isabel (Al verle saltar.) ¡Ah!

Marq. Abre, o...

(Isabel, pretendiendo disimular su emoción, se dirige a la puerta y abre.)

Isabel ¿Pero qué te ocurre? ¿A qué vienen esos gritos?

Marq. ¿Eh...? ¿Tú?

Isabel Yo... sí...

Marq. ¿Y María Luisa?

Isabel Arriba, en mi cuarto.

Marq. Entonces... ¿quién ha saltado por esa ventana?

Isabel Tu estás soñando.

Marq. Isabel, que...

Isabel ¿Eh? (Dentro se oye un tiro de escopeta. Isabel al oirle palidece de espanto. El Marqués se dirige a la ventana.)

Marq. ¡Julián...! ¡Julián!

(Desde dentro dice JULIAN.)

Jul. Se ha escapao, señorito...

Marq. Pero, ¿quién?, ¿quién?

Jul. No sé, señorito... Ha podido ganar la verja y ha escapao en automóvil.

(Muda por el terror Isabel ha ido retrocediendo hacia la derecha. El Marqués, fingiendo también un aplomo que no tiene, dice.)

Marq. Tardaste en responder a mi nobleza con una acción infame, como tuya.

Isabel ¡Luis!

Marq. ¡Ese cobarde no podía ser más que tu amante!

Isabel ¿Eh, qué dices?

Marq. O el de María Luisa...

Isabel (Rápidamente.) No... no... ¡De María Luisa, no!

Marq. ¡Miserable! (Intentando avanzar hacia ella, pero deteniéndose al oir la voz de MARIA LUISA, que entra por izquierda.)

M. Luisa ¡Mamá... mamá...! (Va hacia su madre que ha caido anonada en un sillón. El Marqués la retiene en sus brazos.)

Marq. No te asustes, hija, no te asustes... no ha sido nada... Julián, que ha visto saltar un hombre por la verja del jardín y ha disparado.

M. Luisa ¿Y lo ha herido?

Marq. No, ha podido huir.

M. Luisa ¡Qué espanto!

Marq. No te asustes... Hoy dormirás arriba... en nuestro cuarto..., y por si tienes miedo, yo subiré contigo.

M. Luisa ¿Y mamá?

Marq. Mamá... esta noche... prefiere quedarse aquí... ¡sola!

(Vase por izquierda con su hija, mientras Isabel deja caer su cabeza entre las manos y rompe a llorar. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en el palacio de la legación española de Túnez. Sus arcos de alicatados arabescos semejan con sus cambiantes de color una abigarrada colmena de oros. Al fondo, y hacia la derecha, terraza que deja ver tras su cristalera el panorama del cielo africano, azul siempre, y el blancor pulido de las casas de la ciudad, muchos de cuyos techos, en cúpula, recogen el oro del sol para espandirlo en los mii matices de sus azulejos. Muebles, tapices, alfombras y adornos, son del más rico estilo moruno. Y por los arcos, faroles rojos y azules se mezclan con las gumías y los alfanges que cuelgan de las paredes, con las telas brochadas que cubren las puertas, una a la derecha y dos a la izquierda. Campee aquí la fantasía de los pintores hasta donde alcance el rumbo, siempre probado, de las empresas españolas, ya que el recreo de la vista ha de suplir, en mucho, las deficiencias de la letra. (1)

—

(En escena, colocado en las dos mesitas, el servicio de té; ALÍ, criado tunecino de la legación, y JUANITA, nueva doncella de María Luisa. Aquél viste el traje del país. Al levantarse el telón, Alí corre tras Juanita alrededor de una mesa.)

Jua. Amos, moraso, que te estés quieto o me lío a chiyá.

Alí Cara bunita, Alí querierti.

Jua. Anda y quiere a tu suegra. ¡Habráse visto el orangután, con lo feísimo que é y entoavía quié novia!

---

(1) Las Empresas modestas que honren al autor poniendo en escena esta obra, pueden sustituir las dificultades de este decorado por un salón cualquiera, poniendo un forillo como se marca y algún adorno que dé carácter solamente.

Alí Novia no querier solo; querier casar con tí. Pisetas tiene mi, sien, sinco sientos, más sinco sientos. Por tí tudas. Si tú querier mí, darte más sinco sientos pesetas.

Jua. Ni con tu peso en moneas de oro cargaba contigo yo, feo, mas que feo.

Alí Bunita, más bunita tú que muquer de Túnez. España bunita tuda. Muquer de España bunita tuda. Alí querierti loca, ¿por qué tú no queriermi?

Jua. Porque yo tengo un novio que es sordao y es un pinturero y un grasioso y... ¡amos, que ni que estuviera yo chalá!

Alí Si tú querier sordado, mí buscar, mí matar; mí matar hombres todos que tí querier.

Jua. Por menuda faena que ibas a tené. Yo tengo sincuenta novios, ¿te enteras? sincuenta.

Alí Mí sincuenta matar, tudos matar. Española bunita, querier a murito. Si tú no querier a mí por bunito, no importa; tú queriermi por pisetas, siento, más siento, más sinco siento. Tudas para española guapa... guapa.

Jua. Pero, oye; ¿tú me has tomao a mí por un refajo de lana, pa comprarme por cinco pesetas?

Alí Más sinco, más siento... (Y alarga la mano hasta tocarle la cara.)

Jua. Y más quieto o te suerto un revés que te dejo sin muelas.

Alí Si tú querier pegarmi, pegarmi... Alí, si tú pegar... si tú matar, Alí siempre desir: ¡bunita española! ¡bunita... bunita!

Jua. (Asomándose por el mirador.) Ya te estás cayando, que vienen los señores, y por tu curpa me van a echá a mí de aquí.

Alí No importar. Alí tenier por tí palasio bunito, bunito también.

(Por primera derecha MARQUÉS, llevando del brazo a DON AUGUSTO. Tras ellos, con la manta siempre, JULIÁN. El marqués viste traje de hilo. Don Angusto de paño.)

Marq. (A Juanita.) Avise usted a los señoritos que suban a tomar el té. (Vase Juanita segunda derecha.) Sírvelo, Alí.

Alí ¿Aquí tumar, siñor?

Marq. Sí.

(Vase Alí por segunda derecha.)

Aug. Ponme más allá, que aquí no llega el sol. (Se acomodan en la mesita del centro.) Ajajá.

(Por segunda derecha MARÍA LUISA y GABRIEL, ambos con trajes de 'tennis'. Ella, que entra primero, besa a su padre y a su abuelo.)

M. Luisa Abuelo, ¿cómo te encuentras?

Aug. Bien, chiquilla, muy bien. (Al besarla.) ¡Uy, cómo te arde la cara!

Marq. ¿Y Gabriel, no sube?

Gab Aquí estoy, marqués. Buenas tardes, don Augusto. (Y les tiende las manos.)

Aug. ¿De dónde venís, que traeis los dos un fuego en la piel?...

Marq. Están jugando al tennis, papá.

Aug. ¡Ah!

(Gabriel y María Luisa van a sentarse en la mesita del mirador. ALÍ entra con la tetera.)

Alí Té, siñor; ¿té sirvo?

Marq. Sirve. ¿Ha venido la señora?

Alí Aún todavía. Siñora salir siempre campo largo. Ayer, dos días estar con Alí lejos, mucho lejos, puerto Goleta.

Marq ¿Cuántos terrones, papá?

Aug. (Tocando la taza.). No, no quiero este té, que no está bien caliente. Julián, prepáramelo tú.

Jul. Voy, señor. (Coge la taza y vase por segunda derecha.)

Alí (Va a servir a la otra mesita diciendo:) Amo vieco siempre más querer calienta agua.

M. Luisa ¿Qué dices?

Alí Nada, siñora. Alí no desir nada. Tú preguntas, yo dise; tú no preguntas, Alí no desir nada.

Aug. ¿Sabéis una cosa?

M. Luisa Tú dirás, abuelo.

Aug. Que Alí está haciendo el amor a Juanita, tu doncella.

M. Luisa Alí, ¿es verdad eso?

Alí (Inclinándose.) Mí querier donsella, señurita; mucho querier.

Gab. Entonces, ¿ya has despreciado a Marta, la doncella de la señora?

Alí Alí no despresiar Marta, siñor; Alí querier Marta también.

Gab. Y a la cocinera, que el otro día le sorprendí ofreciéndole qué se yo cuántas pesetas.

M. Luisa Pero hombre, Alí, que tres mujeres para tí solo, es mucho. ¿Cuál te gusta más?

Alí Tudas gustarmi.

M. Luisa Bueno, pero ¿con cuál te quieres casar?

Alí Con tudas casar Alí, si tudas querier.

Marq. Dejarle, dejarle. Vete.

(Alí vase por segúnda derecha, después de hacer sus zalemas.)

Aug. Pues duro, duro con ellas, que será curiosa la ensalada que formeis una gallega, una andaluza, una madrileña y un moro. Ja, ja, ja.

Gab. ¿Eh, qué te parece el abuelo, María Luisa? ¡Cómo recobra con este sol su buen humor!

M. Luisa Como que este viaje ha sido para él una resurrección. Por él celebro yo también haber venido a estas tierras.

Gab. ¿A pesar de las rabietas de los primeros días?

M. Luisa A pesar de ellas.

Gab. Pues ya somos tres a bendecir la feliz idea de tu padre, de aceptar la Legación.

M. Luisa ¿Tres?

Gab. Tres. Por el sol, tu abuelo; por tu abuelo, tú; y por ti... yo.

M. Luisa Gabriel.

(Por segunda derecha sale JULIÁN con la taza humeante.)

Marq. ¿Terminásteis la partida?

Gab. No, Marqués, me lleva tantos de ventaja y en estos juegos no conviene dejar vencer a las mujeres. Se acostumbran al dominio y su reino es la obediencia.

Jul. Aquí tiene el señor el té a su agrado.

Aug. Tú me entiendes, Julián; tú sólo eres el que me entiendes.

Marq. Gracias, papá.

Aug. No; los demás, me queréis, pero entenderme, sólo Julián. (Julián le coloca la manta por las piernas.) ¿Veis? A vosotros esto, no se os hubiera ocurrido. Y hasta diríais que con este sol de la tarde, tan hermoso y tan templado, cubrirme el cuerpo con una manta de lana es una herejía, una ofensa al mismo sol; pero Julián es listo y pone una vela a San Miguel y otra al diablo; bien está que el sol temple las piernas de mi señor, pero por si acaso que la lana las abrigue. Es muy listo, muy listo.

(Julián retira la tetera con que sirvió a don Augusto y vase por derecha.)

Marq. El humor no le pierdes, papá.

Aug. Ni ganas. Que en teniendo buen humor, todo lo demás sale por una friolera. No quiero ser como vosotros, hombres y mujeres felices, fuertes, en la plenitud de la vida, sin quebrantos en la cabeza ni el corazón, y andáis de poco tiempo a esta parte con un humor de mil diablos.

Marq. Papá.

Aug. ¿Qué crees, que no lo he notado? Pues sí señor. A mí me faltarán la vista y las piernas, pero el olfato...

(Por segunda derecha ALÍ.)

Alí Siñora, venir, siñora, estar ya. ¿Traigo té, siñora?

Marq. La señora ya sabes que no acostumbra a tomarlo aquí con nosotros. Llévalo a sus habitaciones.

Alí Sí, mi amo, como mandas. (Vase de nuevo por segunda derecha.)

M. Luisa Mamá sube, papá. (Levantándose.)

Marq. ¿Os váis?

Gab. A terminar la partida antes de que anochezca, si usted lo permite.

(Por segunda derecha ISABEL seguida de MARTA. Ambas con traje de calle. Isabel con sombrero y Marta con velo.)

Isabel Hola.

M. Luisa ¿Un beso, mamaíta?

Isabel (Dándoselo, quedando abrazada a ella.) Sí, hija.

Marta Buenas tardes nos de Dios.

Marq. Buenas tardes.

Gab. ¿Muy cansada, Marquesa?

Isabel Un poco, Gabriel.

Marq. (Que habrá contraído el gesto desde la entrada de Isabel.) María Luisa, si quieres terminar, se os hace tarde.

M. Luisa Sí, ya vamos. (Vase riendo con Gabriel por segunda derecha.)

Alí (Entrando por segunda derecha con servicio de té.) Té subo, siñora; siñor manda que suba cuarto siñora.

Isabel Está bien. (Y cruzando la escena con un gesto de dolorosa resignación, vase por la izquierda.)

Marq. ¡Alí!

Alí Siñor. (Dándole a Marta el servicio.) Coger esto. Siñor llamarmi. Subir tú.

Marta Venga... pero suelta ya...

Alí Mirarte cara. Bunita, bunita ti ser también.

Marta (Malhumorada.) Vamos, hombre.

Alí Bajar ti más después; yo querier hablar ti. Loca estar por ti Alí. Bunita eres... bunita... bunita... española bunita.

Marq. ¿No has oído que te llamo, Alí?

Alí Sí, siñor, pirdona, pirdona... (Va hacia él y hablan en voz baja.)

Marta Pus sí que está una aviá aquí con el perro de lanas este. (Y vase por la izquierda con el servicio. Alí vase por la segunda derecha.)

Aug. ¿Es Marta la que va con Isabel?

Marq. Sí, papá.

Aug. ¿Y cómo consentiste que esa mujerota tan ordinaria viniera de Madrid con nosotros? Ya la toleramos bastante cuando crió a María Luisa para...

Marq. Me lo pidió Isabel; quería tener a su lado una persona de su confianza y me indicó a Marta, porque según ellas, se conocen...

Aug. De sus tiempos, de aquellos tiempos que nosotros y ella debimos olvidar para siempre.

Marq. Es que quizás para Isabel vuelven.

Aug. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿qué disparate dices?

Marq. Disparate no, papá; una verdad monstruosa, aterradora que llevo hace tres meses callando y sufriendo y que va a acabar con mi vida, como acabó con mi felicidad y mi paz.

Aug. ¿Estás loco, hijo mío? ¿Qué estás hablando? ¿Qué es eso?

Marq. Oyeme, papá, y perdona que te lo haya callado a ti también, más que por vergüenza y dolor míos de decirlo, por el que escucharlo te causaría. Isabel me engañaba.

Aug. Mentira.

Marq. Ojalá.

Aug. Mentira, mentira. El celo de tanto cariño como la tienes, te ciega. Mentira.

Marq. Lo vieron mis ojos, padre.

Aug. No, no lo pudieron ver, no es cierto.

Marq. Si no lo hubiera visto, si como a ti me lo hubieran dicho, igual respondería yo: mentira, no es cierto.

Aug. Y no lo es; eso; no lo es.

Marq. ¿Crees tú, padre mío, que si no existiera un motivo tan hondo y tan grave como ese, hubiéramos llegado nunca a estar tan dis-

tanciados como estamos? Tú lo notaste ya, quizás María Luisa y Gabriel lo hayan notado también, y aunque yo, ante vosotros y ante las gentes, he procurado conservarle todos los respetos y todos los afectos, entre Isabel y yo, no existe desde aquella noche nada de común; nuestras almas y nuestros cuerpos se han separado para siempre.

Aug. ¿Desde aquella noche? ¿Pe... pero de qué noche hablas?

Marq. ¿No recuerdas cinco días antes de salir de Madrid, la noche de la fiesta en casa... un tiro...

Aug. A un ladronzuelo, que según tú, intentó saltar la verja del jardín.

Marq. Al amante de Isabel, padre, que lo sorprendí con ella en nuestra propia casa.

Aug. ¿Eh?

Marq. Y para más oprobio, cerca del cuarto de María Luisa. Si en vez de ser yo, es mi hija la que llega y encuentra a su madre... ¡Qué horror!

Aug. ¡Un amante Isabel!

Marq. Yo estaba en mi despacho trabajando, ordenando unos papeles, y de pronto noté que había olvidado unos datos en la salita y bajé por ellos. Me extrañó ver cerrada la puerta; me detuve un momento y confusamente sentí la voz de un hombre; como Isabel ya se había ido a acostar, supuse que alguien hablaría con María Luisa; la llamé, y el ruido de un cacharro que cae al suelo roto y el de unas pisadas que huyen aturdió mis oídos; golpeé la puerta furiosamente y después de unos minutos, Isabel, fingiendo con la voz una naturalidad que el espanto de su rostro no confirmaba, abría, y negaba que hombre alguno hubiera estado allí. Entonces sonó el tiro. Julián había visto noches antes a un sospechoso rondar la casa, estaba prevenido y...

Aug. ¿Y pudo huir?

Marq. Huyó, pero lo bastante tarde para que nos diéramos cuenta de que no se trataba de un ladrón vulgar, sino de...

Aug. ¿E Isabel?

Marq. Ni afirmó, ni negó. Al principio, al decirle yo que aquel hombre era su amante, tuvo

un gesto de altivez, pero luego al repetirle que tenía que ser la culpable o ella o María Luisa... no pudo ocultar su falta y calló.

Aug. ¿Y tú, no tuviste?...

Marq. Dilo, padre, dilo; no tuve valor para allí mismo hacerla justicia a su infamia. Además, hubiera sido el escándalo, la vergüenza, y la mancha caería sobre María Luisa.

Aug. ¡Qué infamia!... ¡qué infamia!

Marq. Entonces, como única solución, vi la de aceptar este cargo, despedir toda la servidumbre y huir de Madrid antes que a las gentes llegase el rumor o la certeza de nuestra deshonra. Y como separar a Isabel de su hija sin una revelación, hubiera sido peor que la verdad misma, acepté el que viniera con nosotros. Que siguiera a nuestro lado hasta que, casada María Luisa, buscáramos un pretexto para separarnos sin perjudicar el porvenir y la felicidad de la niña. Era la única solución que podía tomar dignamente, ya que aquella noche me faltó la dignidad de tomarla con un revólver.

Aug. ¿Y en estos tres meses no ha podido ella demostrarte que no era verdad?

Marq. Ni ella ni yo, hemos cruzado una palabra, solos, en este tiempo. Por lo demás, ¿qué mayor verdad que la que vieron mis ojos?

Aug. Es horrible... horrible... ¡y yo que había puesto en ella toda mi confianza!

Marq. Toda la mía, y todo el amor de mi corazón, lo tenía yo también puesto en ella, padre.

Aug. Vamos... si no puedo creerlo... si no lo creo aún... ¿Me dejas que yo después... a la noche... le hable... le diga?...

Marq. ¿Para qué?

Aug. Quien sabe... quien sabe... (Pausa.) ¡Julián... ¡Julián!...

Marq. ¿Comprendes ahora, padre, mi dolor?

Aug. Pero no lo creo aún... ¡Julian!

(Por segunda derecha JULIÁN.)

Jul. Señor.

Aug. Llévame a mi cuarto... necesito un poco de descanso.

Jul. Vamos, señor.

(Por izquierda ISABEL.)

Isabel El Vedi quiere verte Luis.

Aug. ¿Eh? ¿quién es? ¿Es Isabel?

Marq. Sí, papá.

Aug. Ven acá .. ven acá... (Isabel va hacia él.) A ver... Mírame bien... mírame... No... no te veo... Esta luz qué se fué de mis ojos...

Marq. Vamos, vamos, no te excites, papá. Anda, vete con Julián.

Aug. Sí... vámonos... ya no puedo tener confianza en nadie... en nadie... Tampoco en tí, Julián, que hasta ahora me has sido fiel.

Jul. ¿Yo, señor?...

Aug. Tú, sí, tú... que el mejor día hallarás otro amo más rico o más joven... y te irás con él.

Jul. No, señor.

Aug. Si... sí... ya no creo en tí... ya no creo en nadie... en nadie... en nadie... (Y vanse por segunda derecha.)

Isabel ¿Por qué se lo has dicho a tu padre?

Marq. Porque era mi deber. (Y friamente vase por izquierda.)

Isabel ¡Señor, señor!

(Por izquierda MARTA.)

Marta ¿Qué haces aquí?

Isabel Ya lo ves.

Marta ¿Te ha dicho algo?

Isabel Peor aún. Se lo ha dicho a su padre.

Marta Pero, ¿por qué no hablas con él de una vez?

Isabel No, Marta, no.

Marta El te escucharía y te había de querer más. Y a la chica, como fué una locura y no hubo ná malo en ello..

Isabel Nada malo, es verdad; pero cuando yo supe por ella misma, que entre ella y Alvaro no existió nada deshonroso, y que aquello fué una locura de chiquilla en ella y una infamia de calumnia en él, era ya tarde. El canalla había huído sin dejar rastro de sus huellas; mi pasado, aun después de veinte años de fidelidad y de honradez, me acusaba tanto como mi mentira; la que fué mala entonces entregándose a un hombre que halló al paso de su vida, pudo volver a serlo de nuevo; y yo no tenía pruebas para deshacer mi propia calumnia porque aquel hombre había huido de Madrid y era el único que podía salvarnos con su confesión de la verdad.

Marta ¿Pero tu hija no sabe que su padre te sorprendió allí con aquel hombre?

Isabel No.

Marta Pues si tú se lo dijeras...

Isabel Sí, si yo se lo dijera creería en mí, me adoraría, revelaría toda la verdad; pero, ¿y su padre y su novio? ¿creerían que aquello fué una chiquillada sin consecuencias? ¿Aceptaría Gabriel a una mujer que en las altas horas de la noche tiene en su cuarto a un hombre? Oh, no, no... la duda sería más cruel, porque ya no creería en ella como cree ahora y yo misma destrozaría la felicidad de mi hija, que, al amparo de este «pecado» mío, se va acercando.

Marta ¿De tu pecado?

Isabel Sí, Marta, sí. Ella, la única culpable, si culpa puede haber en una locura de juventud, va a ser feliz. Pasado con la distancia y la separación su caprichoso amor por aquel canalla, la constancia y la nobleza de Gabriel van ganando su alma. Yo sé que le quiere, que ¡mujer, al fin!, ha sabido escuchar la voz del corazón, y que más pronto de lo que todos deseamos, María Luisa y Gabriel, se casarán.

Marta ¿Y lo sabe eso tu marido también?

Isabel No solo lo sabe, sino que tal vez con más ansias que ellos, y que yo, lo desea. Pero, no por el egoismo de verla feliz y casada dignamente, sino por apartarla de mí, porque cree que mis besos la manchan y que mis caricias ofenden su juventud y su pureza.

Marta ¡Válgame Dios!

Isabel Y mira hasta dónde llega mi sacrificio por ella, que, si en mi mano estuviera, hoy mismo los casaría, aun sabiendo, como sé, no porque él me lo haya dicho con sus palabras, sino porque en sus sentimientos, donde mis ojos leyeron siempre, lo adivinó mi corazón, que en el mismo instante en que María Luisa salga casada de esta casa, con toda dignidad y con todo honor, sin la una y el otro saldré yo también para no volverla a pisar jamás.

Marta No, eso no puede ser.

Isabel Eso sí será, porque lo único que podría evitarlo, sería mi confesión, y yo no revelaré jamás la verdad.

Marta ¡Y esa hija que no ha sabido comprender!...

Isabel Ni yo quiero que lo comprenda tampoco, que ría, que goce, como ahora, bien ajena a que por ella sufre su madre la más espantosa de las calumnias.

Marta Pos yo, qué quiés que te diga, pero...

Isabel (Mirando hacia derecha.) Chist... silencio, que viene.

(Por segunda derecha, jubilosa y alegre, con una carta en las manos, MARÍA LUISA.)

M. Luisa Carta de Madrid, mamaíta.

Isabel ¿De quién, hija?

M. Luisa De Susana y de su madre; mira, escriben las dos, y mandan para tí muchos besos. Tenlos. Y tú no te enceles, viejona, que también para el ama tengo besitos.

Marta Lo que debías tener pa toó es un poquito más de comprensión.

Isabel (Reconviniéndola.) ¡Marta!

M. Luisa ¿Qué dice?

Isabel Nada, hija, sus cosas. Y a ver, ¿qué es lo que te cuentan en la carta?

M. Luisa ¡Huy! Fíjese usted, señora mamá. (Leyendo.) «Por aquí sigue rodando la bola de nieve de tu casamiento con Gabriel Montoro, el romántico caballero que galopa tras su dama hasta los arenales africanos».

Marta Y eso, ¿qué quié decí?

Isabel Calla, Marta.

Marta Ay, hija, por Dios, que no estamos en misa.

Isabel Sigue.

M. Luisa «Ya sabemos, porque él lo escribe a sus íntimos de aquí, que *pogresa,* como diría el bárbaro de José María...» Oye, mira, mira cómo está escrito... po... gre... sa... ja, ja, ja.

Marta Pues yo siempre lo he oído decir así, pogreso... sin hache.

M. Luisa ¡Uy! Progreso con hache... estaría gracioso.

Isabel Anda, deja a Marta...

Marta No sé por qué está mu gracioso lo que yo he dicho.

Alí (Por segunda derecha.) ¡Marta! Siñor vieco llamar tí.

Marta ¿A mí? ¿Y pa qué?

Alí No desir mí. Pronto, pronto.

Marta Ya voy... (Aparte a Isabel.) Oye, tú, ¿pa qué me querrá?

Isabel No sé. Ve. (Vase por segunda derecha. Extasiado mirándola, queda Alí.)

Alí Andar grasioso tener españolas tudas. Caminar saliero, saliero.

M. Luisa Ahí lo tienes, mamá, enamorado de tres a un tiempo. ¡Barba-Azul!

Alí Barbasul no sé, no conoser esa muquer; pero Juanita, sí querier; Marta querier mí también. Tudas, tudas muqueres España querier. Siñora no, siñorita no; rispetar mucho, querier también, pero rispetar siempre ti. (Y haciendo una profunda reverencia vase por segunda derecha.)

Isabel Bueno, sigue tú leyendo y dejemos a Alí con sus quereres.

M. Luisa Te seguiré diciendo lo que dice la carta, pero sin leerla. Que el picarón de Gabriel ha sabido poco a poco meterse en el corazón de María Luisa, y que María Luisa se ha rendido al sitiador con armas y bagajes. Es bueno, noble, es generoso, es único. Es verdad que ha tardado cinco años en decirme sus frases de amor, pero, por lo visto, dedicó los cinco años a pensarlas y a pulirlas, y le salen tan lindas que yo le he propuesto que las escribamos, y con ellas, en colaboración, hagamos una novela.

Isabel Ja, ja. ¡Hija!

M. Luisa ¿Qué? ¿Te parece un disparate? Pues ya tenemos hasta el título: «Pobre porfiado...», porque cuidado si ha sido molesto el señor don Gabriel pidiendo una limosnita de amor, pero anda, que lo que es la limosna ha sido expléndida. Ahí es nada, la personilla de tu hija.

Isabel ¿Eres feliz?

M. Luisa Completamente, mamaíta... Y soy más feliz porque te lo debo a tí.

Isabel ¿A mí?

M. Luisa Sí, señora, a tí. No va poca diferencia de este Gabriel a aquel... (Abrazándola.) ¡Ay, mamá, mamá, bendita seas mil veces y bendito el momento en que entraste en mi cuarto aquella noche!

Isabel Calla, no recuerdes.

M. Luisa ¡Cómo no voy a recordarlo! Y lo que siento es que me hayas prohibido decirlo a todos.

Isabel ¡Dios te libre!

M. Luisa Sí, sí, ya lo comprendo, mamá, que tal vez

entonces, Gabriel al saber que un hombre había sido sorprendido en mi cuarto... ¡Oh, qué horror, qué horror!

Isabel ¿Quieres no hablar de eso? Podrían sin querer escuchar algo y...

M. Luisa Sí, sí..., lo que tú quieras, lo que tú digas, lo que tú mandes.

(Por segunda derecha GABRIEL, con la chaqueta puesta.)

Gab. ¿Estorbo?

Isabel Al contrario, llega usted a tiempo.

Gab. ¿De qué?

Isabel De reñir a esta locuela, que está contándome mil embustes de usted.

Gab. ¿Míos?

M. Luisa ¿Embustes? Pues ahora mismo te vas a convencer de que cuanto te he dicho yo me lo ha dicho él. Señor de Montoro, ¿a quién quiere usted?

Gab. Yo no sé si será discreto decir, estando presente Isabel, que a la mujer más bonita del mundo.

M. Luisa ¿Ves, mamá? Otra frasecita.

Isabel Muchas gracias, pero puede usted decirlo impunemente. Lo de bonita en mí...

M. Luisa No seas modesta, mamá, que ya sabemos que todas las mañanas le preguntas al espejo: «¿Soy aun guapa?» y el espejo, que es más justiciero que Gabriel, responde, «Aun y siempre, señora mía».

Isabel Pues mira, ya que el espejo es tan justiciero, ve tú a preguntarle si ese traje que llevas es el más propio a estas horas para una señorita que tiene esta noche comida oficial en su casa.

M. Luisa Pues voy a ver qué me contesta. ¿Hasta luego? (A Gabriel.)

Gab. Hasta siempre.

M. Luisa ¿Otro beso? (A su madre.)

Isabel Otro, y otro más. (Vase por izquierda María Luisa risueña y alegre.) Es feliz, es decir, son ustedes felices.

Gab. En cambio, a usted la veo triste, Isabel, lo he notado desde el día en que abandonamos España, y he querido muchas veces cometer la indiscreción de preguntarle la causa. ¿Nostalgia? ¿Cansancio? ¿Pena?

Isabel No... Nada... Me ha tratado usted poco y no

conoce mi modo de ser. Soy siempre así. Además, ando malucha.

Gab. Pues yo quisiera que hoy esos fantasmitas tristes desaparecieran y que comparta mi alegría. A usted en mucho se lo debo.

Isabel ¿Alegría? ¿De qué?

Gab. Ya lo ha oído usted, María Luisa me quiere. Resueltamente, decididamente acaba de confesarlo, y el corazón me brinca en el pecho como un niño loco. ¿Cree usted que hay motivo para estar contento?

Isabel ¿Y cómo no, Gabriel?

Gab. Triunfó el amor y triunfó plenamente.

Isabel Porque supo usted esperar.

Gab. Es cierto, porque supe esperar; porque usted, con sus palabras y con su ejemplo, me enseñó a esperar.

Isabel ¿Con mi ejemplo?

Gab. Acaso cree usted que desconozco, porque la he callado, su historia admirable; la historia de su resignación sublime de mujer y de madre que esperó un día.

Isabel Y espero aun, Gabriel, y esperaré siempre. Y aunque la calumnia o la infamia caigan sobre mí, como cayeron entonces la deshonra y el abandono, sabré esperar, que ya ha oído usted las consejas de estas gentes, estos árabes que debían ser como su sol y su tierra, apasionados e impulsivos, y que, sin embargo, en las grandes catástrofes de su vida y hasta en el misterio de sus creencias, tienen como lema único esta palabra: «Esperar... esperar».

Gab. Insisto en lo que he dicho. Eso es admirable. Y yo, que por estar desde muy joven falto de afectos, y que ansiaba en el rodar de mi vida errante tener a quien elevar el pensamiento y el corazón, ahora, si alguna vez desfallece mi espíritu, pensaré en usted y me adueñaré de su lema: «Esperar...» Pero permítame también que hoy sea infiel a su lema y no me resigne a esperar a mañana para decirle al Marqués—usted lo tiene por dicho desde hace tiempo—: «¿Me concede usted la mano de su hija?»

Isabel Y yo, muy conforme, le digo a usted: Ahora mismo, Gabriel; segura de que a mi marido ha de serle tan grato como a mí.

Gab. No, ahora no... esta noche... en la cena. Ya sabe usted que mi ascenso está próximo, sabe Dios a dónde me destinarán, y quiero marchar ya con ella. ¿Cenará usted con nosotros hoy?

Isabel Hoy sí; es un acto oficial y a Luis no le gusta que falte a ellos.

Gab. Ni a los demás que en las comidas íntimas nos prive tan a menudo de su presencia.

Isabel Ya le dije que ando un poco malucha.

Gab. Entonces, voy con su permiso a cambiarme de ropa.

Isabel Vaya usted al despacho de mi marido y dígaselo. Las alegrías no deben demorarse.

Gab. Como usted quiera. La obedezco.

Isabel Gracias.

(Vase Gabriel por primera derecha. Isabel se dirige al mirador y luego vase por izquierda. Por segunda derecha JUANITA con unos paquetes, seguida de ALI.)

Alí Juanita... Juanita...

Jua. ¿Otra vez? ¿Pero es que te ha entrao hoy la chifladura por andar pisándome los talones?

Alí Escuchar tí, yo desirti sicreto grandi, grandi. Yo matarmi si tu no querier mi biesar, biesar no más, biesar.

Jua. Anda, y mátate ya de una vez, feo tó. (Vase por izquierda.)

Alí Muquer mala; disprisiar querier mi. Ninguna muquer buena.

(Por segunda derecha MARTA.)

Marta Oye, tú, murciélago, ¿dónde está la señora?

Alí Siñora no sé; no ver mí.

Marta (Yendo hacia la izquierda.) ¿Pa qué quedrá hablarla el viejo?

Alí Marta.

Marta ¿Qué te duele?

Alí Mi doler nada; mi querier hablarti, sicreto, sicreto.

Marta ¿A mí en secreto?

Alí Mi dar ti pisetas, pisetas, siento más siento, si querier mi biesar.

Marta ¡Bañate, moro, que estás tiznao! (Vase por izquierda.)

Alí También mala; disprisiar también... Ninguna muquer buena, ninguna.

(Y vase por izquierda también. Por segunda derecha DON AUGUSTO y JULIAN, que lo acomoda en un sillón y vase. Después, por izquierda, ISABEL.)

Aug. Déjame, Julián, vete.

Isabel ¿Llamaba usted?

Aug. Sí, ven. Acércate... más cerca... junto a mí... (Atrayéndola.) ahora; pon tu mano entre las mías y ya que por tener los ojos tan cansados no puedo ver los tuyos ni leer en ellos tu inocencia o tu culpa, que la sangre al correr por tus venas te delate.

Isabel ¡Don Augusto!

Aug. ¿Por qué no me llamas padre, como siempre?

Isabel ¡Papá!

Aug. Así. Y ahora, como si lo fuera de verdad, que ya sabes que tanto no le debes al tuyo como a mí, responde, ¿es cierto?

Isabel Sí.

Aug. No... no... ese sí no me convence... Verdad es que yo no quiero tampoco convencerme... pero... a ver... responde otra vez, ¿es cierto?

Isabel Sí.

Aug. ¡Has engañado a mi hijo! ¡Has echado sobre esta casa honrada, tan honrada, que por exceso de honra entraste en ella, la mancha de tu infamia!

Isabel Padre... ¡por Dios!

Aug. No, ahora no quiero que me llames padre... llámame como debes, don Augusto... y mientras no merezcas que yo te llame «hija» has de llamarme así.

Isabel Pues bien, padre o don Augusto o como usted quiera, que a todo estoy resignada, yo le suplico que abrevie esta entrevista que no ha de producirnos más que dolor y que si como Luis me cree culpable, como él me niegue cuanto me dió...

Aug. Y cuanto tú no has sabido conservar dignamente, ¿olvidas cómo entraste en esta familia y lo que eras entonces? Pues yo te lo recordaré; no para que nos lo agradezcas, qué no queremos gratitud de quien no supo tenerla, sino para afear más tu villanía. Del arroyo donde estabas y adonde has vuelto, te sacamos nosotros; te dimos cuanto puede darse a una mujer, cariño de padres, amparo de esposo, hogar de familia, un nombre y una honra...

Isabel (En un arranque altivo.) Que era mía y me la arrancaron ustedes. Estaban en un deber de devolvérmela.

Aug. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Aún te engallas?

Isabel Es que ya es demasiado, es que no puedo sufrir más, ni callar más, ni dejar arrastrar más por el fango mi amor y mi honra y mi vida.

Aug. ¿Te defiendes y gritas?... Sigue... sigue... que quien habla así, no puede tener culpa, sigue. (Dentro se oye en este momento la voz de María Luisa que al piano se acompaña una canción.) Esa chiquilla... Dile a tu hija que calle.

Isabel ¡Ah! ¿qué iba a hacer?

Aug. ¿Por qué callas ahora? ¿A qué viene ese silencio que vuelve a traer la duda donde comenzaba la verdad a dar luz?... Habla, Isabel, hija mía, habla... Por mí no te lo pido, que bien sabe Dios que a pesar de todo, y aunque sea yo el único engañado, creo en ti... pero por ese hombre, por esa niña... (Vuelve a oirse al piano la voz de María Luisa.)

Isabel Piense usted como quiera señor, pero no hay más verdad que una y es la mía.

Aug. Eso... eso digo yo... la tuya... la de tu inocencia.

Isabel La de mi pecado, la de mi culpa.

Aug. (Levantándose trabajosamente.) Basta... esta bien... basta. Me engañarás a mí... engañarás a los demás o te engañarás tú misma, pero sea como sea, caminas sobre la falsía y sobre el engaño y ese camino no tiene más que un sendero; el que te ha de llevar a donde mereces, al desprecio, al arroyo... (Al ir a caminar vacila su cuerpo e Isabel acude.) No, déjame, suelta. Para nada necesito tu apoyo. Como uno de los de mi vejez lo tenía, pero ahora, aparta... que para apoyarme en el engaño y en la infamia, prefiero ir solo... solo... (Y erguido su cuerpo avanza con paso presuroso a ciegas de sus ojos y de su alma, arrastrando sus piés hasta desaparecer por segunda derecha. ALÍ, después de una pausa con unas cartas.)

Alí Correo trier carta para siñor... (Por primera derecha el MARQUÉS.) Carta siñor. Carta subo señorito. ¿Estar siñorito? (Vase Alí por la primera derecha.)

Marq. Sí, en mi despacho. (Isabel va a marcharse por la izquierda.) Espera. Gabriel acaba de pedirme oficialmente la mano de María Luisa. Eres su madre, y aunque sé que no lo ignoras,

creo mi deber decírtelo, como también que he accedido a ello de todo corazón.

Isabel Gracias, Luis.

Marq. La boda ha de ser muy en breve por muchas razones, unas, las que debes suponer y que por afectarse tanto a ti como a mí, hay que aceptarlas, y entre otras la de que próximo a ascender Gabriel debe y quiere salir de aquí casado.

Isabel Lo sabía. Ha tenido la atención de consultármelo.

Marq. Era también su deber. Para él sigues siendo la madre digna de María Luisa.

Isabel ¡Luis!

Marq. No sabes lo que me violenta tener que fingirlo y cometer la... villanía, no tiene otro nombre, de ocultar la verdad a Gabriel.

Isabel La de mi pasado, la sabe.

Marq. Esa te honra a ti, y nos honra a todos. ¿Y María Luisa?

Isabel En su cuarto vistiéndose.

Marq. También debes hacerlo tú, que la hora se acerca y esta noche...

Isabel Lo sé.

(Por la izquierda vase el Marqués. Por la primera derecha GABRIEL.)

Gab. Isabel... marquesa... usted perdone... Han sido varios los anónimos que había recibido aconsejándome que desistiese de mi cariño a María Luisa y de los que no hice caso alguno. Hoy recibo este otro, que ya no lo es, puesto que viene firmado por...

Isabel Es falso... es falso...

Gab. Yo también estoy en ello, pero vea usted lo que dice: «Convendría que averiguase usted antes de entrar en la familia de Espínola, si la noche del cinco de Marzo se disparó sobre un hombre que salía furtivamente de las habitaciones íntimas de María Luisa.»

Isabel ¡Oh, Dios mío!

Gab. (Leyendo.) «Ese hombre está dispuesto a probarle a usted que no miente; con cartas de ella.» Y firma, Alvaro Ozores.

Isabel Es un canalla.

Gab. Entonces, ¿es cierto?

Isabel Es cierto. De las habitaciones de mi hija salió aquella noche un hombre, pero le juro a usted, Gabriel, que María Luisa, es inocente.

Gab. No basta su juramento, señora, es preciso...

Isabel ¿Que yo me acuse?

Gab. ¿Eh? ¿Usted, Isabel?

Isabel Yo. Quien fué sorprendida aquella noche en el cuarto de mi hija, fuí yo.

Gab. Pero, ¿es posible que usted... usted...?

Isabel Arroje usted sobre mí todos sus insultos y todos sus desprecios, pero considere que mi hija, es inocente del pecado de su madre. (En este momento MARÍA LUISA aparece en el dintel de la puerta izquierda y se detiene al oir a su madre.) Y que las consecuencias de mi falta yo sólo las debo expiar. (Arrodillándose ante él.) Prométame usted, Gabriel, que mi hija no sabrá nunca de esta culpa mía, de este deshonor a que me llevó un momento de locura y yo le juro que...

Gab. ¿Pero es posible, Isabel, que usted haya sido capaz de engañar a su marido?

Isabel Sí.

Gab. Teniendo un amante...

Isabel Sí.

Gab. Y deshonrándole en su propia casa.

Isabel Sí... sí... sí... (Con desprecio.)

Gab. ¡Oh!

(María Luisa que contenía los sollozos al comenzar a oir la revelación de su madre y su actitud, rompe a llorar desoladamente.)

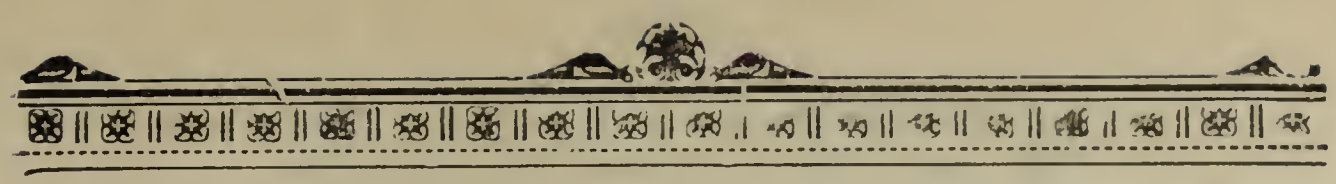
Isabel ¡Eh!... ¡Hija... hija!...

(Aterrada Isabel por la presencia de su hija, quiere ir hacia ella, Pero María Luisa, abrazándose al cuello de Gabriel le dice:)

M. Luisa ¡No!... ¡no!... No te acerques... Gabriel... Gabriel... ampárame tú... ampárame tú...

(Y deja caer la cabeza sobre los hombros de él, mientras Isabel queda aterrada, consternada ante el alcance que con aquella revelación adquiere su sacrificio. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Son las altas horas de la madrugada, muy próximo al amanecer. Las luces están encendidas, debiendo combinar para el mejor efecto de fantasía los colores azules y rojos en las pantallas y en los faroles.

—

(En escena DON AUGUSTO, de levita, sentado. De pié, junto a él, JULIÁN. Paseando, por la derecha, vestido de jaquette, GABRIEL.)

Aug. ¿Está todo dispuesto, Gabriel?

Gab. Todo, don Augusto.

Aug. Si precisas que te ayude Julián, llévatelo; yo, esta noche, me encuentro más fuerte que nunca y puedo prescindir de él.

Gab. Gracias, don Augusto, pero ya está todo hecho; mis baules acaban de llevarlos al barco y los de María Luisa creo deben estar allí también.

Aug. Pregúntalo, Julián, pregúntalo, y si no están, que se den prisa, pues ya es muy tarde y no va a quedar tiempo luego para nada.

Jul. Voy, señor. (Vase por segunda izquierda.)

Gab. Lo que yo lamento esta premeditación, y sobre todo estas molestias.

Aug. Ninguna, hijo.

Gab. Pero ha sido tan rápido, tan inesperado...

(Por primera derecha MARQUES, también de jaquette.)

Marq. Acabo de hablar con el capitán del buque y ya están encendidas las calderas. A las siete zarpais. (Yendo hacia don Augusto.) ¿Cómo te encuentras, papá?

Aug. Fuerte, fuerte. Yo creía que ya no podía

pasar una noche sin dormir, pero veo que aún estoy para correr una juerga.

Marq. ¿Y María Luisa?

Gab. Acabando de arreglarse.

Marq. He cablegrafiado al ministro, diciéndole que sus órdenes quedarán hoy mismo cumplimentadas, y que esta mañana, a bordo de un vapor francés, el primero que sale de este puerto, marchas a tu destino.

Gab. Gracias.

Marq. Y al mismo tiempo a tu madre para que no se ponga en viaje.

Gab. Mi madre tendrá un verdadero disgusto. El correo de España llegado anoche me trajo carta suya, diciéndome que el jueves saldría de Burgos para estar aquí el martes o el miércoles. Con este adelanto precipitado de la boda, le causamos una gran tristeza, indudablemente. Estaba ilusionada como una criatura en vernos casar.

Aug. Pero, hijo, el deber es lo primero, y debe satisfacerte que el gobierno se haya acordado de ti para una misión de tantísima importancia.

Gab. Eso me enorgullece; lo que deploro es la precipitación.

Ang. Pues no lo deplores, que los malos tragos hay que pasarlos pronto, y una boda, aunque se vaya a ella con muchas ilusiones y muchas esperanzas, no me negarás que es un traguito... ¿eh?

(Por segunda derecha, vestida de negro, ISABEL, que es vista por Gabriel.)

Gab. ¡La marquesa!

Isabel El oratorio está ya completamente arreglado.

Gab. Entonces, si ustedes me permiten un momento... (Vase por primera tzquierda.)

Marq. (Al ver que cruza hacia izquierda y don Augusto intenta levantarse.) Quédate, Isabel, y tú, papá, quédate también. Lo que tengo que decir a Isabel puedes y debes oirlo, ya que no ignoras ninguno de mis propósitos ni de mis decisiones.

Isabel Puedo ahorrarte yo también la molestia de comunicármelos. Los sé.

Marq. En ese caso conviene que sepas que mañana sale correo para España Tomaré tu pa-

saje para donde me indiques, y allí recibirás mis órdenes, las últimas, para cuanto a la parte material de tu vida se refiere.

Isabel Mañana mismo saldré de aquí.

Aug. ¡Isabel! ¡Luis!

Marq. Es inútil, papá, cuanto intentes.

Aug. Pero, hijo... es que si se arrepintiera...

Marq. Demasiado tarde. Y, cuando entonces no pudo o no quiso defenderse, ahora ¿por qué lo ha de hacer?

Aug. Porque pesan mucho veinte años de felicidad y de cariños y de vivir juntos.

Marq. Bastó un minuto para arrojarlo todo al fango, y lo que del fango queramos sacar ahora... También sobre mí ha pasado el recuerdo de esos años felices, y tampoco puedo negar que he esperado en estos tres meses de angustias infinitas un día, una hora, un minuto de verdad; que no ha llegado, porque no puede llegar, porque tiene tal fuerza la única verdad de este dolor, que no deja lugar siquiera a la duda.

Isabel ¡Luis, por Dios, Luis!

Marq. ¡Habla, defiéndete... prueba la calumnia!

Isabel Tú lo dices; si es calumnia, ¿qué más prueba quieres?

Marq. Del cuarto de María Luisa saltó un hombre, ¿es cierto?

Isabel Sí.

Marq. Que no era un ladrón lo sabemos todos. ¿No es cierto también?

Isabel Sí.

Marq. ¿Quién era entonces? ¿Por qué, si no era culpable de una villanía, huyó?

Aug. Contesta, hija, contesta.

Marq. A estas horas y en esta forma no entra ni sale de una casa honrada más que un cobarde burlador de honras. Por ser tú a quien yo encontré allí, aún demudada por el espanto, sobre ti tenían que recaer mis sospechas. Si la culpable no eras tú, no podía ser otra que María Luisa.

Isabel María Luisa, no. (Fuerte cada vez más en su actitud.)

Marq. ¿Lo ves, padre, lo ves? Y otra vez lo oigo de sus propios labios. y otra vez soy tan cobarde, tan débil, que no dejo a los brazos ir a su garganta y...

Aug. No, hijo... eso no...

Marq. (Reconcentrando su dolor.) No sabes lo que te agradeceré que después de salir María Luisa de aquí, salgas tú en seguida... en seguida.
(Vase por izquierda.)

Isabel ¡Cuánto sufro, don Augusto!

Ang Por tu culpa, sólo por tu culpa!

Isabel ¿Y si no la tuviera?

Aug. Si no la tuvieras merecías sufrir igual, por lo que a nosotros nos estás haciendo sufrir; pero si lo dices para que yo, que soy el único que he dudado, convenza a mi hijo, o aminore su rigor, te equivocas. Esta vez, su justicia es la justicia de todos, la justicia de Dios.

Isabel ¿De Dios?
(Por izquierda, JUANITA.)

Jua. Señorita, Marta pregunta dónde puso er velo la señora, que no lo encuentra.

Isabel No sé, no sé, déjame ahora.

Aug. ¿Eres Juanita?

Jua. Sí, señor.

Aug. Pues ayúdame a salir al mirador, que hasta aquí llega el olor del incienso y me marea.
(Le ayuda a levantarse y le cuelga de su brazo.)

Jua. Apóyese usted.

Aug. ¿De modo que tú también nos dejas?

Jua. Ya ve usté. Se ha empeñado la señorita María Luisa que me vaya con eya, y como er señó don Gabrié es mú rumboso, y uno ya está fuera de su país, ¿qué haser? Seguiremos roando por er mundo a ver si un día vuervo a tropezá con la torre del Oro de mi Seviya...
(Vanse por segunda derecha; por primera derecha GABRIEL.)

Isabel ¿Qué nuevas trae usted, Gabriel? Perdóneme, discúlpeme. Es usted la única persona a quien puedo pedirle noticias de la actitud de mi hija para mí.

Gab. María Luisa está resignada.

Isabel ¿Pero cree en mi pecado?

Gab. Cree. Es en vano que a ratos, exaltándose en su corazón todo el cariño que a su madre tiene, dude ella misma de si fueran ciertas las palabras que oyó; pero luego, cuando la razón acalla el sentimiento, y la verdad, la amarga verdad, se apodera de su

ánimo, es inútil cuanto se haga por convencerla de que oyó mal, de que fué una alucinación de sus sentidos, de que usted está limpia de toda culpa.

Isabel ¡Hija... hija! (En un tono de doloroso reproche.)

Gab. Yo, cumpliendo lo que aquella noche le prometí a usted, he procurado por todos los medios posibles disuadirla de su idea, pero no lo consigo, y qué se yo... me culpo a mí mismo por si no pongo bastante afectación en mis palabras para hacerle creer que son sinceras. Su obsesión, su única obsesión, es que su padre no sepa nada, que el marqués siga ignorando su pecado. Me arrancó la promesa de que yo sabría guardar ese secreto y yo se la dí a cambio de la suya de que en presencia de él o de don Augusto, no tendría ella jamás una palabra de reproche ni de queja para usted.

Isabel No... no... no era sólo eso lo que yo esperaba de ella.

Gab. Comprenda usted, marquesa, que después de su confesión...

Isabel Mi hijá debió de saber leer en mis ojos...

Gab. Luego entonces... ¿me mintió usted?

Isabel No, no le mentí.

Gab. ¡Isabel!

Isabel Le juro a usted que no le mentí; he querido decir que mi hija debió leer en mis ojos el arrepentimiento, el dolor de mi falta... la expiación horrible a que me condenaba...

Gab. Pues, por eso, precisamente por eso, es por lo que ella sigue llamándola a usted «madre», y yo he accedido a olvidar su pecado para ser el esposo de María Luisa.

Isabel Gabriel, Gabriel, gracias.

Gab. La suerte ha querido ayudarnos en todo, y son pocos los minutos que nos faltan para conseguirlo. Todas mis influencias puestas en juego lograron del ministro para mí el nuevo destino y la urgencia para ocuparlo. La mejoría de María Luisa, después de estos ocho días de crisis nerviosa, nos han permitido disponer, para hoy mismo, la boda, y dentro de unas horas María Luisa será feliz.

Isabel Sí, eso sí, ¡que sea feliz!

Gab. Por mi parte le prometo que he de hacer

cuanto pueda, porque no eche de menos el cariño de ustedes. Y en cuanto a usted, señora, tenga siempre por suyos todos mis respetos y todas mis consideraciones.

Isabel — Gracias... gracias.

Gab. — Y ahora... yo la suplico que siga conservando la serenidad en estos momentos, ya que de ella depende la tranquilidad de todos, y sobre todo la del marqués.

Isabel — Pero yo creo que debo hablar con mi hija; despedirme de ella.

Gab. — Delante de todos, como estos días lo ha hecho usted, sí; a solas usted y ella, sería cruelmente doloroso para las dos. ¿No lo cree usted así?

Isabel — (En una nueva resignación.) Sí.

Gab. — Entonces... (Tendiéndole las manos.)

Isabel — Gracias, Gabriel, gracias. (Y vase por la izquierda.)

Gab. — ¡Pobre Isabel!

(Por segunda derecha DON AUGUSTO y JUANITA.)

Aug. — Vaya, déjame aquí, Juanita, ya que toda la casa está llena de humo.

Jua. — ¿Aquí, señó? (Sentándole en un sillón.)

Aug. — Sí, aquí. Aunque no duraré mucho en este sitio. Hoy me siento con ganas de ir de un lado para otro a cada momento.

Gab. — Claro, como no ha dormido usted.

Aug. — ¿Eres tú, Gabriel?

Gab. — Sí, señor.

Aug. — ¿También a tí te atufa el olor a incienso?

Gab. — No, señor; a mí me atrae.

Aug — Es natural.

Jua. — ¿Me necesita usté pa argo má?

Aug. — No hija, vete. (Vase por primera derecha.) Y María, Gabriel, ¿crees tú que está bastante fuerte después de estos días de nervios y jaquecas para...?

Gab. — Sí, sí señor... No hay cuidado.

Aug. — Más vale así. (Después de una pausa.) Oye, yo no quisiera dejarte marchar sin decirte una cosa. (Gabriel sonríe como no ignorando el qué.) Pero antes me has de responder otra.

Gab. — Usted dirá.

Aug. — Responde primero si me la prometes.

Gab. — Según lo que sea.

Aug. — Algo muy delicado, mucho.

Gab. — Don Augusto... (Queriendo evitarle la revelación.)

Aug. Contesta, ¿me vas a ser franco?

Gab. Siempre lo fuí.

Aug. (Poniendo ya un tono amargo de voz.) Pero es que la franqueza que siempre has tenido para con nosotros, no era tan del corazón como esta que voy a exigirte ahora. (Hay un largo silencio.) ¿Callas?... Entonces, mejor es que calle yo también. Callaremos todos, y en el silencio hablarán por nosotros nuestros pensamientos, que pareciendo estar tan distantes, nunca como ahora estuvieron más cerca.

Gab. (Acercándose a él con temor.) ¿Lo sabe usted también?

Aug. ¿Lo sabes tú?

Gab. Lo sé.

Aug. Pues ya no necesito decirte nada, porque si después de saber cuanto sabes haces lo que haces, lo que tus palabras quisieran decirme respondiendo al pensar tuyo, las mías te lo dirían también al responder al mío. Ha sido una locura, una verdadera locura. Yo, te advierto que sigo sin creerlo... pero... ¡Es tan evidente!

Gab. Por eso, cuanto más pronto salga de aquí María Luisa, mejor.

Aug Gracias, Gabrielillo, gracias.

Gab. Déselas usted al cariño tan grande, tan ciego que tengo por ella, y al respeto y a la gratitud que usted y el marqués me merecen.

Aug. Pues en nombre de los tres... gracias. Y aunque no es menester que a tí te lo diga, porque es tan noble tu proceder, que a toda idea buena te anticipas. . procura... haz que nunca se entere María Luisa... ¡es su madre!, y el recuerdo de una madre alienta en la vida tantas veces, que cuando nos falta o va manchado con una impureza, es cuando más fácilmente perdemos la confianza en nosotros mismos.

Gab. (Con piadosa mentira.) Esté usted seguro que nunca lo sabrá. Y tenga usted también por seguro que a no habérsele ocurrido al ministro este tan rápido cambio de destino mío, mi madre, como nos ofreció llegaría a esta casa. Y yo no hubiera evitado que al lado de Isabel ocupase su puesto aquí, ni

que cruzase su mano con la de ella, tan solo porque, aun con su culpa y sobre su culpa, es madre de María Luisa.

Aug. ¿Tanto la quieres?

Gab. Tanto.

(Por primera derecha MARIA LUISA, viste un sencillo elegante traje claro y adorna el pecho, en sitio visible, con un ramito de azahar.)

M. Luisa Gabriel, ¿estoy bien así?

Gab. Para mí, siempre.

M. Luisa Tú no me ves, abuelo, pero no pierdes nada, al contrario. Tú serás el que mejor te figures como estoy; porque creerás que la señorita se ha puesto un traje blanco y su velo de encaje y su corona de azahares en el pelo, y no verás que esta novia, que tiene que casarse con el alba, para que no se le escape el prometido, va sencillamente vestida para ir de viaje.

Aug. A uno vais muy largo, muy largo.

Gab. Yo, que me las doy de un poco poeta, cuando esta noche se dolía María Luisa de no poder casarse como ella soñaba, le decía que boda de más fausto, no la tuvieron ni los príncipes de Oriente: un oratorio formado con palmeras, sobre un torreón árabe, al que baña la luz de un amanecer espléndido; por llamas de cirio los rayos del sol, que hoy tendrán para nosotros su primer saludo; el incienso mezclándose con todas las aromas de esas miles de flores de maravilla, y por coro, la oración de la mañana de estos árabes, que rendirán su cuerpo en la arena, bien ajenos de que en aquel momento un clérigo traza en los aires el signo de la cruz.

Aug. ¿Eh? ¿Qué me dices, chiquilla? ¡Digo con el aprendiz de poeta!... ¡Vaya, vaya!

M. Luisa Yo que voy a decirte, abuelo, Para mí todas sus palabras suenan a versos.

Aug. Pues quítale la erre a la última palabra que has dicho y ponle un rabito hacia arriba a la uve, convierte los versos en besos y que siempre te sepan bien en los labios como ahora te suenan sus palabras en los oídos.

Gab. Así he de procurarlo, don Augusto.

Aug. Y así ha de ser, hijitos, que los de tu abuela, María Luisa, siempre me lo supieron a

mí, aunque muchas veces me llevaban a hacer el ridículo.

M. Luisa ¿Qué dices, abuelo?

Aug. Que como en aquellos tiempos vino la moda de pintaros las mujeres los labios en forma de corazón, había día que salía yo a la calle con un surtido de corazoncitos de bermellón...

M. Luisa Ja, ja, ja.

(Por segunda derecha JULIAN.)

Jul. Ya están cargando el equipaje de la señorita, señor.

Aug. Bueno, pues carga tu ahora conmigo.

Jul. ¿A dónde quiere ir el señor?

Aug. A la galería, o al salón, o a cualquier parte. Es que no puedo estarme quieto hoy.

M. Luisa Abuelito, no te fatigues. No te olvides que eres el padrino y has de estar muy tieso y muy grave durante la misa.

Aug. Claro que lo estaré. Y muy gallardo y muy altivo. Como que quizás el cura se equivoque y en vez de preguntarle a Gabriel si te quiere por esposa, me lo pregunte a mí.

M. Luisa Vaya, estás de buen humor.

Jul. En el salón ya hay varios señores, ¿quiere el señor que lo lleve allí?

Aug. Sí... vamos... vamos donde tú quieras.

Jul. Allí está también la señora marquesa.

Aug. (Que se había incorporado e ido hacia izquierda, cambiando la voz y la intención.) Pues vamos primero a mi cuarto. (Y dirigiéndose a María Luisa en disimulo de su pena.) Ahí os quedáis, ¿eh? pero no os figuréis que os quedáis solos y cometáis la imprudencia de daros un beso, que dejan señal... y esto no es decir que tú te hayas pintado los labios, pero, por si acaso... mírate antes al espejo, Gabriel. (Arrastrando á Julián hacia derecha.) Anda, hombre, que hoy estás más pesado que yo, y eso que me he puesto esta levita que tiene dos siglos.

M. Luisa Abuelo, o vete o siéntate, pero no estés de pie que te cansas.

Aug. Ya me voy. Es Julián que hoy no tiene fuerzas. (Yendo hacia primera derecha.) Oye, Julián.

Jul. Mande, señor.

Aug. Te voy a regalar este leviton para cuando

apadrines una boda, ¿sabes? (Vase por primera derecha.)

Gab. (Aparte.) Pobre viejo, y como disimula su dolor.

(Por izquierda MARQUES.)

Marq. Pero, ¿qué hacéis aquí vosotros? ¿Qué, chiquilla, te encuentras bien, bien?

M. Luisa Sí, papaito.

Marq. Pues andar, en el salón hay gente. El personal de la legación, algunos compañeros con sus señoras... las pocas relaciones que han aceptado el sacrificio de esta hora y nos honran asistiendo a la ceremonia. (Coge de un brazo a María Luisa.) Ven. Vamos, Gabriel.

(Y vanse por izquierda los tres. ALÍ entra sigilosamente por segunda derecha. Trae bajo los brazos dos paquetes envueltos en papel de seda. Mira a todas partes y, al convencerse de no ser visto, los esconde uno en un sitio y otro en otro. Después se dirige a primera izquierda y dice:)

Alí Juanita... Juanita...

Jua. (Dentro.) ¿Qué quiere?

Alí Venir tú quí, venir.

(Sale JUANITA.)

Jua. ¿Qué te s'ofrese?

Alí Yo tinier surpriesa por ti.

Jua. ¿Qué dises?

Alí Tú marchar pronto con siñorita, mí querier ti haser rigalo.

Jua. ¿Y tú, que me vas a regalá?

Alí Mi surpriesa por ti. Alí querier que ti llievarti recuerdo murito, siempre piensar ti murito. Comprarti cosa para cabiesa, comprarti cosa para piés.

Jua. ¿Pa la cabesa y pa los piés?

Alí Adivinar, ti adivinar surpriesa murito.

Jua. Pos sí que es cosa difísir de adiviná. ¿Has dicho pa la cabesa y pa los piés?

Alí Sí.

Jua. Pos ya sé lo que é. Un sinturón elétrico.

Alí Siempre gastar bromas. Alí desir serio, tú siempre broma. Mi no querier.

Jua. Pero ven acá, presioso. Si es una cosa pa los piés y pa la cabesa, ¿cómo no lo voy a adiviná? Pos un sombrero o una mantilla, o unos sapato o una bota.

Alí (Dando muestras de júbilo.) No asiertar. Sumbrero no, mantillo no, sapatos no.

Jua. Oye, oye... ¿pos entonses que é?

Alí Adivinar ti, adivinar.

Jua. Vamos y no gaste más guasa. ¿Me lo das o me voy?

Alí (Cogiéndola de las faldas.) Marcharti no.

Jua. Suerta.

Alí Darti, darti. (Saca uno de los paquetes.) Tumar.

Jua. ¿Qué es esto?

Alí Mirar ti. Cosa bunita, bunita... Comprar solo para ti, bunita, bunita.

Jua. (Desenvolviéndolo.) ¡Josú! ¡Un turbante!

Alí Para tú pioner en tu tierra.

Jua. Yo me pongo esto en mi tierra y doy ergorpe, ¡vaya si lo doy!

Alí ¿Gustarti?

Jua. Si hombre, sí; gustarme, gustarme. (Aparte.) Pa ensima la cama como una corcha no está má. ¿Y lo otro?

Alí Aspiera. Primiero dar ti a mi un beso.

Jua. ¿Eh?

Alí Un beso.

Jua. Te vas a poné malo.

Alí Tu darmi el beso. Tu no piensar si poner malo.

Jua. Cuando me enseñes lo otro.

Alí (Sacando el otro paquete.) Tumar... tumar... bunito también. (Y dándoselo.) Bunito.

Jua. (Desenvolviéndolo.) ¡Jesú! ¡Unas sapatiyas!

Alí ¿Gustarti?

Jua. Como que me vi a jasé dos relojeras. Mu presioso, morito, y muchas grasias ¿eh? y ya sabes que te s'agradese, y que me acordaré de tí toa la vía.

Alí ¿Estar contienta?

Jua. Mucho, hijo, y mu agradesía... y mu agradesía. (Que disimuladamente se quiere marchar con los paquetes.)

Alí Aspiera, aspiera.

Jua. ¿Me vas a dar argo má?

Alí Tu tinier que darmi.

Jua. ¿Yo?

Alí Beso tenier que dar...

Jua. Amo, ¿tú pa que quies eso?

Alí Tu biesar mi. Mi darte rigalo por tu biesar. (Imperioso.) Biesar, biesar.

Jua. (Aparte.) Vaya, no vi a tener más remedio que darle un beso a esta carcamonía.

Alí Biesar, biesar.

Jua. Ven, ven acá. (Zarandeándole cómicamente, después de dejar los paquetes sobre una silla.) ¿Por dónde estás menos susio, arma mía?

Alí Tu biesar tuda la cara.

Jua. (En un supremo esfuerzo.) En fin, allá vá. A siegas. (Cierra los ojos. Le da un beso en uno de él.) Se lo he dado en el ojo izquierdo. Se quea mogón pa toa la vía. (Se oye la campana de la puerta.)

Alí Más... biesar más, más.

Jua. Oye, ¿han yamao? Si. Espera. (Y vase por segunda derecha.)

Alí Mi estar cuntiento, cuntiento. Española biesarme; tudas españolas biesar murito. Marta también biesar por babuchas, por rigalo e mi quitar después. (Recoge los paquetes.) Murito ser más listo que española Yo tenier beso y llievarme rigalo. De Alí no reirse muquer ninguna. Alí reirse de tudas. (Y se esconde bajo el albornoz ambos paquetes.)

(Por segunda derecha, JUANITA, con una tarjeta.)

Jua. Toma tú, moraso; pasa esta tarjeta ar señorito Gabrié. De un señó que le esta esperando. Don Emilio no se cuantos; que quié verlo deseguía, ¿sabes?

Alí Ya saber; ya. Tu creer que mi no saber nada, tudo saber tú.

Jua. Anda y ves aprisa, hombre.

Alí Prisa... prisa. (Haciéndole burla, vase por la izquierda.)

Jua. (Buscando los paquetes.) ¿Ande me he dejao yo las sandalias y er turbante der moro? No son cosas raras ni ná lo que yo me yevo de esta tierra. Y no me yevo un negrito de estos, por mieo a que en er fielato me lo decomisen. ¡Como ahora e contrabando er carbón!

(Por la izquierda, GABRIEL con la tarjeta en la mano y después ALI.)

Gab. ¿Y dices que quiere hablar conmigo?

Alí Hablarti quierer y pronto, pronto.

Gab. (Dejando la tarjeta.) Emilio del Campo..., no sé quien será.

Jua. Me ha dicho que discurpe er señó que venga a molestarle, pero que tiene presisión arsolutísima de verle deseguía.

Gab. Bueno, hazle pasar aquí. (Vase Alí segunda derecha.) El despacho está lleno de cachivaches.

Jua. ¿Ha comensao ya la boa, señorito?

Gab. No mujer, si estoy yo aquí.

Jua. Es verdá, tié usté rasón... pero es que no quiero perderme ni una sílaba. A mí, cuando er novio dice «sí», er corasón me sarta der pecho. ¿Pues, y cuando lo dise la novia? (Enfáticamente.) Sí. ¡Ay, que «sí». ¡Cuándo diré yo «sí»... y que lo voy a desí con unas ganas... ¡¡¡Sí!!! (Con cómica acentuación, y vase por izquierda.)

(Por segunda derecha, ALI.)

Alí Pasarti. Siñor estar aquí. (Tras él ALVARO.)

Alv. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor Montoro?

Gab. Servidor de usted.

Alv. Usted perdonará la hora tan intempestiva, pero es tan urgente...

Gab. Estoy a sus órdenes. (Indicándole una silla.)

Alv. No, muchas gracias. Yo llegué anoche en el correo de España; no pensaba haberle molestado hasta hoy o mañana, pero como anoche mismo me enteré de que se casaba usted esta madrugada, y en seguida...

Gab. Yo le suplico, señor... (Leyendo la tarjeta.) del Campo, que abrevie todo lo posible. Comprenderá usted que...

Alv. Sí, sí, señor, comprendido. Pero quizás le interese a usted perder ahora estos minutos. Vengo enviado por una persona que tiene en su poder pruebas concretas de algo que le conviene saber.

Gab. ¿Eh? ¿Qué es esto?

Alv. No adopte usted actitudes violentas, que en son de paz vengo yo.

Gab. Acabe usted de una vez.

Alv. Vengo enviado por don Alvaro Ozores, para ofrecer a usted unas cartas.

Gab. ¡Basta! ¡Salga usted!

Alv. Estoy dispuesto a obedecerle, pero su decisión sigue dejando en entredicho la honra de la que va a ser su esposa.

Gab. De eso sólo yo puedo entender, y le advierto también, que sé lo suficiente para no caer en trampas ni chantages.

Alv. La señorita de Espínola tuvo en su cuarto a un hombre, al que vieron saltar por su ventana.

Gab. He dicho que basta.

Alv. Y ese hombre...

(Por izquierda, MARIA LUISA, tocada ya con su sombrero elegante y un suave velillo que le cubre el rostro. Al ver a Alvaro, su asombro es tan grande, como el de Gabriel al oirla.)

M. Luisa Alvaro... ¿Tú?

Gab. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre?

M. Luisa Es él, Gabriel, es él.

Alv. Ya que María Luisa se ha descubierto, permítame usted que le diga la verdad. Alvaro Ozores soy yo. No quise pasar mi tarjeta porque supuse que no me recibirían.

Gab. ¿Usted? ¿Y de qué le conoces tú, y qué familiaridad es esa que tenéis los dos?

Alv. ¿Me permite usted explicarlo?

Gab. (Al ir María Luisa a refugiarse cerca de él.) No... aparta. Espera. Hable usted.

Alv. Yo he sido novio de María Luisa. Estaba dispuesto a casarme con ella. Fuí arrojado de su casa cuando sospecharon nuestros amores, y aquella noche, al saber que iba a ser suya, salté por la ventana de su cuarto...

M. Luisa No te detengas, dí la verdad...

Gab. Calla tú ahora. (A Alvaro.) Siga usted.

Alv. Queríamos huír.

M. Luisa Querías que huyera contigo. Yo lo supe rechazar, como supe después rechazar tu amistad y tus cartas y hasta tu recuerdo.

Alv. Y al no conseguirlo... ya comprenderá usted que yo... estaba enamorado... me veía perdido, y...

Gab. (Avanzando hacia él.) No... calle... calle usted... Si lo que va a decir, es lo que en este instante pasa por mi pensamiento; calle usted... o le haré callar yo... así... así... (Gabriel le atenaza por el cuello y forcejean. Maria Luisa grita despavorida.)

(Por izquierda, MARQUES.)

M. Luisa ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Marq. ¿Qué pasa? ¿Qué es eso?

M. Luisa Ese hombre...

Marq. Gabriel... Gabriel... (Yendo a ellos y separándolos.)

Alv. Merecía usted, que después de esto, saliese de esta casa sin decir una palabra más.

Marq. Pero ¿qué hace usted aquí, Alvaro? ¿Qué ha pasado, Gabriel?

Gab. (A María Luisa.) Y tú, ven acá, mírame. ¿Es-

cierto que fué él quien estuvo en tu cuarto y que estuvo contigo?

M. Luisa Sí, Gabriel, si es cierto. Como un cobarde saltó por la ventana, sorprendiéndome.

Gab. Entonces, tu madre...

Marq. ¿Eh? ¿Pero fué usted quien aquella noche?...

Alv. Yo le suplico a usted, marqués, un poco de calma. Yo fuí; quería huír con María Luisa, para que me casaran con ella; nos sorprendió la marquesa cuando María Luisa rechazaba de plano mi proposición... y huí al oír la voz de usted, y sentirle golpear la puerta, que yo mismo había cerrado.

Marq. ¡Ah!

Alv. Temeroso de que hubiera dado parte, estuve ausente de Madrid; al volver y enterarme de que estaban aquí, escribí varias cartas a María Luisa, que me fueron devueltas; luego... los anónimos... las amenazas.. Perdónenme ustedes; yo reconozco que soy un miserable... estoy arrepentido y por eso me decidí a dar este paso. Quería ver al señor Montoro para entregarle las cartas que poseo de antes y después de aquella noche, que son la prueba más concreta de la inocencia de María Luisa.

Marq. Vengan... vengan esas cartas.,.

Alv. Es que... marqués... la verdad...

Marq. Deme usted esas cartas, o creeré que no es cierto...

Alv. Yo estoy dispuesto a dar las cartas, pero...

Marq. ¿Cuánto? No diga usted más. ¿Cuánto?

Alv. No pido nada. No acepto nada tampoco, como no sea un préstamo. Yo quisiera embarcar para América; rehacer allí mi vida.

Marq. ¿Cuánto? Sí... Sí... Está bien... Vengan... (Entregándole el dinero.) ¿Usted sabe lo que yo compro con esto? ¡Isabel! ¡Isabel! (Y va hacia la izquierda gritando; después, nerviosamente, ojea las cartas.)

M. Luisa ¿Qué tienes, Gabriel? ¿Has dudado de mí, Gabriel?

Gab. No, María Luisa... Es que creo que todos hemos dudado de tu madre.

M. Luisa ¿De mamá?

Gab. Sí; ese era el hombre de quien me hablaba aquella noche... Se ha culpado por salvarte.

(Por izquierda, caída desde la peineta por sus hombros la negra mantilla, ISABEL.)

Isabel ¿Llamabas, Luis?

Alv. Si ustedes no disponen otra cosa..

Isabel (Al verle.) ¿Eh?

Alv. Muchas gracias... y a sus órdenes. (Y vase por segunda derecha.)

Isabel (Rápidamente.) Ese hombre ha mentido; si ha dicho algo, miente.

Marq. (En posesión de toda la verdad, llegando a ella y dándole las cartas.) Ten; Alvaro acaba de confesar la verdad de lo ocurrido; aquí tienes la prueba, que es mi acusación. Perdóname. Te quería mucho y dudé de tí, perdóname.

M. Luisa (Yendo a abrazar a su madre.) Mamá, mamaíta.

Gab. Pero, Isabel, por qué...

Isabel (Entre su marido y su hija erguida y altiva.) No... calla... callar... no me preguntéis por qué mentí. Mi mentira fué la verdad de mi sacrificio; sin ella, quien sabe si María Luisa no sería a estas horas tan feliz como es.

Marq. Pero si este hombre no llega... Si esta verdad no se aclara... hoy...

Isabel Para los que como yo sabemos en la vida esperar, siempre hay un mañana, que nos trae la paz o la ventura. Y ahora que la verdad os descubrió mi pecado, el que castigasteis con vuestra duda, ¿qué castigo mereces tú, hombre, que no supiste leer en un corazón que te fué fiel veinte años, y tú, ¡muñeca!, que cometiste el pecado de dudar de tu madre, cuando precisamente tu madre te amparaba con su amor, con su vida y con su honra?

M. Luisa ¡Mamá!

Marq. ¡Isabel!

Isabel (Dándole las cartas.) Ten, Gabriel, es a tí a quien deben ir estas cartas, que te dirán lo que todos callamos; pero no maldigas nuestro silencio y nuestro engaño, porque ellos te han dado el amor.

(Por primera derecha, DON AUGUSTO.)

Aug. ¿Me da su brazo la novia para conducirla al altar?

Marq. Si en el otro llevas a su madre, sí, papá.

Aug. ¿Eh? ¿Qué dices?

Marq. (Al oído de su padre.) Es buena, padre, es buena.

Aug. ¿Ves?... ¿Tú ves?. . Si a mí me faltará claridad en los ojos, pero en el corazón. . (Han quedado María Luisa e Isabel una a cada lado de don Augusto. Gabriel rompe sin mirar las cartas que Isabel le entregó, y en aquel instante en que la luz del día esplende por la cristalera del ventanal, se oye dentro el canto de los árabes, que dicen:)

Clara luz del nuevo día,
madre mía,
el creyente te saluda
y en tí fía,
porque tu eres luz, su ayuda
y su guía,
madre mía.

Aug. ¿Oyes, Isabel? Son los árabes que cantan su oración a la luz del nuevo día; y que no hallando otro nombre que más se acerque a la grandeza de la luz, la llaman...

M. Luisa ¿Cómo, abuelo?

Aug. ¡Madre! (Vuelve dentro a sentirse el principio de la canción.)

Clara luz del nuevo día,
madre mía,
madre mía.

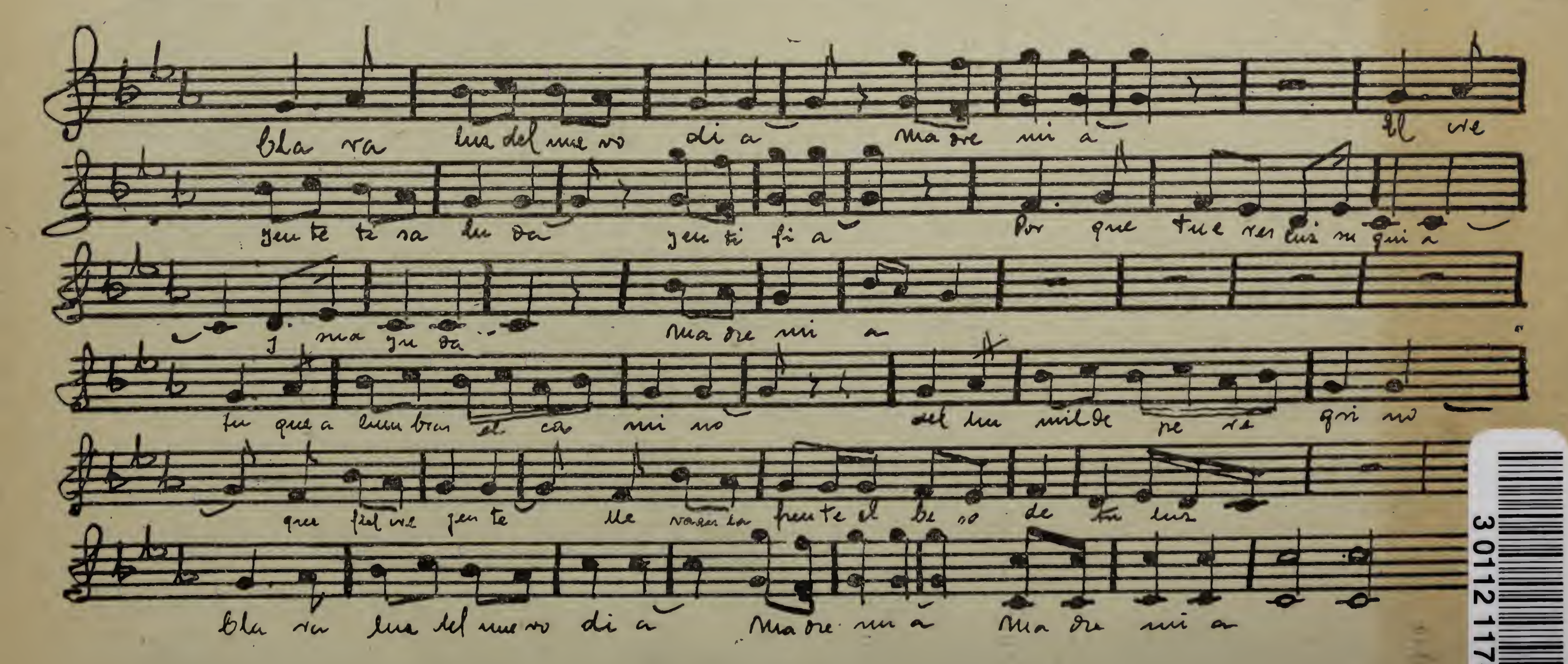
(María Luisa, arrodillándose ante la suya, dice con honda emoción.)

M. Luisa ¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía!

(Y rápido, como celoso de la felicidad que llega, cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Canción árabe. *Letra y música de* J. Andrés de Prada.



3 0112 117466919